

ÍNDICE

1982 ELIZALDE, Ignacio Pérez Galdós y su novelística. Bilbao, Publicaciones Univ. Deusto. BBMP LVIII	2
1983 SACKETT, Theodore Alan Galdós y las máscaras. Historia teatral y bibliografía anotada. Verona. BBMP LIX	7
1985 Resonancias santanderinas en Doña Perfecta de Galdós. BBMP LXI.....	11
1988 Palabras sobre Miguel Artigas. BBMP LXIV.....	33
1994 Menéndez Pelayo y su evolución ante el krausismo.	42
1999 Soldevilla Oria, Consuelo. La Cantabria del exilio, una emigración olvidada. BBMP LXXV	78
2006 El padre Apolinar y Nazarín, dos modelos de religiosidad...BBMP LXXXII	82

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO

SUMARIO

ZIMIC, Stanislav: *Estudios sobre el teatro de Gil Vicente (Obras de tema amoroso)*.—PUNZANO MARTINEZ, Victoriano: *Traducción inédita de Los Emblemas de Andrés Alciato*.—LARA GARRIDO, José: *Los «Diálogos de la Montería» de Barahona de Soto: Desestructuración expositiva y coherencia compendial*.—GOLDBERG, Rita: *Nuevos datos sobre el poeta D. Gabriel de Henao Monjaraz*.—MESISINA, Calogero: *Umanesimo nella Spagna «Ilustrada»*.—SCHURLKNIGHT, Donald E.: *En busca de los orígenes del romanticismo en España (Caldalzo, Young, y las «Conjectures»): hipótesis y analogía*.—TORRES, David: *Del archivo epistolar de Palacio Valdés*.—BALCELL, José María: *Jardines abandonados de Juan Ramón*.—ROMARÍS PAIS, Andrés: *El sistema simbólico de «Los muertos» de José Luis Hidalgo*.—PORQUERAS MAYO, Alberto - LAURENTI, Joseph L.: *Ediciones valencianas (siglos XVI-XVII) en la Universidad de Illinois*.—BIBLIOGRAFIA.—CRONICA.

Año LVIII

Enero-Diciembre, 1982

SANTANDER

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO
REVISTA ANUAL

Director: Manuel Revuelta Sañudo, Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.—Editor: Sociedad Menéndez Pelayo. Redacción y Administración: Biblioteca de Menéndez Pelayo, C/. Rubio, 6. SANTANDER.

CONSEJO EDITORIAL: P. Beltrán de Heredia (Univ. de Texas), J. Manuel Blecua (Univ. de Barcelona), R. F. Brown (Univ. de Leeds), V. G. de la Concha (Univ. de Salamanca), H. Flasche (Univ. de Hamburgo), R. Gullón (Univ. de Chicago), G. Haley (Univ. de Chicago), R. Marrast (Univ. de París III), F. Meregalli (Univ. de Venecia), C. Morón Arroyo (Univ. de Cornell), A. W. Phillips (Univ. de California), F. Rico (Univ. Aut. de Barcelona), E. de la Torre Villar (Univ. de México), F. Ynduráin (Univ. de Madrid).

Suscripción anual para el año 1983:

	España	Extranjero
Socios	950 ptas.	\$ 19.50
Instituciones	1.400 ptas.	\$ 23.00
Número suelto	1.500 ptas.	\$ 24.00
Número atrasado	1.700 ptas.	\$ 26.00

Más gastos de envío. Recargo de correo aéreo \$ 3.00.

ESTA REVISTA SE EDITA CON LA COOPERACIÓN DEL AYUNTAMIENTO DE SANTANDER, DE LA SUBDIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS, DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SANTANDER Y DEL PREMIO «ESTANISLAO ABARCA» DEL BANCO DE SANTANDER

Depósito Legal: SA. 173.—1972
ISSN 0006-1646

Artes Gráficas Resma, 1982
Prolong. Marqués de la Hermida, s/n.

néndez Pelayo, que es la mayor parte del libro, se llega a plantear a fondo cuáles fueron las cuestiones palpitantes que se discutían entonces en el Ateneo, la Academia, los periódicos y revistas literarias.

De todos modos, esta crítica se hace contrastando los propósitos anunciados con las realizaciones. Es posible que la intención del Prof. Capestany haya sido otra. Se advierte que su libro se sitúa mucho en el contexto del menéndez-pelayismo de los años cuarenta y cincuenta, el que se ocupa más de refutar polémicas que surgieron de la manipulación posterior que de esclarecer escuetamente y con rigor científico los auténticos valores del Menéndez Pelayo histórico. En este sentido, como resumen de la vida y la obra de Menéndez Pelayo y de su proyección posterior ya dijimos que puede resultar útil para el lector medio o no especializado. Pero no está a la altura del nivel de análisis crítico que requiere la obra de Menéndez Pelayo en su tiempo y para la moderna investigación.

Marta CAMPOMAR FORNIELLES
Buenos Aires

ELIZALDE, Ignacio: *Pérez Galdós y su novelística*. Bilbao, Publicaciones de la Universidad de Deusto, 1981. 269 p.

La aparición del libro *Pérez Galdós y su novelística*, del profesor Ignacio Elizalde, supone una contribución más a la numerosa bibliografía galdosiana que cada año se incrementa con algún nuevo título.

El autor del libro es bien conocido como galdosista por sus estudios y participaciones en los Congresos Internacionales de Las Palmas y por ser el director de *Letras de Deusto* que en 1974 dedicó un número extraordinario monográfico al novelista canario.

Ya en el prólogo el autor delimita claramente el contenido y valoración de la obra cuando escribe: «Mi intención ha sido fundamentalmente pedagógica con miras a los alumnos universitarios. Por eso he procurado estudiar sus aspectos más importantes más que pretender originalidad o destacar por la investigación de puntos totalmente ignorados, aunque ciertamente aparezcan algunas facetas inéditas» (p. 8).

En 1960 Ricardo Gullón publicó *Galdós, novelista moderno*, donde estudiaba la vida de este escritor de una manera somera, los supuestos de la creación novelística, el lenguaje y la técnica utilizados, los personajes anormales, etc., temas sobre los que vuelve a incidir el profesor Elizalde en este libro, con su visión particular y las opinio-

nes recogidas de la última bibliografía dedicada a estos temas. Al referirse al plan de la obra, escribe: «Comienzo el libro con un estudio general de la figura de Galdós, como encarnación de la novela del siglo XIX y de su época. A continuación pongo en claro su teoría literaria y sus técnicas novelísticas y analizo los estilos del gran escritor canario. Dentro de su inmensa obra me detengo en dos clases de personajes muy importantes y repetidos en su novela: los anormales y los curas. Entre sus numerosas novelas estudio extensamente tres de ellas muy representativas, de alta calidad literaria y profunda significación: *Doña Perfecta*, *Tormento* y *Misericordia*. Finalmente analizo la influencia que han podido ejercer en Galdós otros célebres escritores y las semejanzas que pudieran advertirse entre sus obras» (p. 8).

Desde esta perspectiva de una función pedagógica, el libro está bien hecho y, en efecto, puede resultar útil para universitarios y profesores de Instituto e incluso para quienes intenten aproximarse a la figura de Galdós, visto desde su creación novelística.

Elizalde estudia el arte de novelar en Galdós, la reaparición de personajes, aspecto éste de novelar en el que Galdós fue tan pródigo; la utilización del monólogo interior, puesto de moda por Joyce, y del que considera en cierto modo precursor a Galdós. La aparición de sueños y alucinaciones y del juego entre ficción y realidad es igualmente un recurso muy utilizado por el autor canario y a los que se refiere el profesor Elizalde en un repaso casuístico por las principales novelas galdosianas, de modo semejante a como hace con los personajes anormales.

Tiene especial interés el capítulo dedicado a los curas, sobre los que hace una clasificación para detenerse en cuál es para Galdós el ideal de sacerdote, entre cuyas virtudes resalta la caridad, tal como aparece en la figura sugestiva y entrañable de Nazarín. ¿Galdós anticlerical? se pregunta, finalmente, para lo que expone las opiniones de Julio Cejador (1918) y de Scatori Stephen (1927), muy de la época y contrarias al autor de *Gloria*, pero cuya opinión ha variado notablemente en la actualidad gracias al Concilio Vaticano II. Por ello dice el profesor Elizalde a modo de conclusión: «Ninguna persona sería puede admitir hoy el anticatolicismo de Galdós. Hay que distinguir entre el ataque a la mentalidad de un sector de los católicos y el ataque al catolicismo. Tampoco es antirreligioso» (p. 115).

El autor, desde su autoridad en la materia, recoge en un capítulo la consideración que le merece al novelista San Ignacio y los jesuitas, de la que dice es semejante a la que guarda respecto a la Iglesia.

En los capítulos dedicados a las novelas (*Angel Guerra*, *Doña Perfecta*, *Tormento* y *Misericordia*) analiza la estructura y técnica de cada una de ellas, su sentido y tesis, personajes, etc.

En definitiva, cumple el libro de Ignacio Elizalde los fines para los que fue escrito y puede servir, como hemos visto, de buena guía pedagógica.

Benito MADARIAGA
Sociedad Menéndez Pelayo

BEYRIE, Jacques: *Galdós et son mythe*. Thèse présentée devant l'Université de Toulouse II. Lille, Université de Lille III, 1980.—Tome I, «Liberalisme et christianisme en Espagne au XIXème siècle». VIII, 402 p.—Tome II, «Romantisme et sources vives du 'Naturalisme' galdosien (1860-1880)». 386 p.—Tome III, «Notes». 2 h., 343 p.

Toda la extensa producción literaria de este gran novelista español, reflejo de la sociedad de su tiempo, ha sido origen, igual que el autor, de innumerables controversias que van desde la apología al denuesto, creando un mito en torno a él. He aquí por lo que se precisa la consideración formal tanto de los aspectos socio-políticos y religiosos como de los meramente estéticos de su obra. «Cette étude constitue l'étape préalable à une approche plus délibérément formelle des oeuvres, laquelle ne manquera d'ailleurs pas de mettre en évidence un nouvel aspect du 'mythe', propre cette fois à l'histoire littéraire» (Tome I, p. VII).

El autor, gracias a una ayuda del CNRS, pudo visitar Las Palmas y consultar los fondos de la Casa Museo de Galdós, lo que unido al estudio de los documentos del archivo de la familia Pérez de Ayala, le ha permitido someter a una interesante revisión muchos aspectos de la vida y del entorno galdosianos. Una idea de esta tarea investigadora la ofrecen las 761 páginas del texto y las 343 de notas que conforman los tres tomos de la tesis presentada por el profesor Jacques Beyrie el 30 de enero de 1976 en la Universidad de Toulouse II.

Para conocer a Pérez Galdós desde el punto de vista biográfico se precisa aproximarse a las raíces históricas de su origen canario, al ambiente de la época, y adentrarse en la historia familiar, lo que ayuda al profesor Beyrie a reconstruir la primera etapa galdosiana hasta su llegada a Madrid, donde enseguida se incorpora al mundo del periodismo, participa en las tertulias y adopta una postura política dentro del mundo liberal. Jacques Beyrie va a estudiar, siguiendo a través de los documentos consultados y de elementos autobiográficos presentes en la obra de Galdós, cómo fue esta primera etapa de periodista y de crítico, precursora de su posterior actividad como novelista y dramaturgo.

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO

SUMARIO

SIEBER, Harry: *Sobre la fecha de la muerte de Gómez Manrique.*—ZIMIC, Stanislav: *Estudios sobre el teatro de Gil Vicente (Obras de tema amoroso).*—ARMISEN, Antonio: *Alegoría e imitación en las coplas de Boscán «Las cosas de menos pruevas».*—IGLESIAS FEIJOO, Luis: *Una carta inédita de Quevedo y algunas noticias sobre los comentaristas de Góngora, con Pellicer al fondo.*—NAVARRO DURAN, Rosa: *Sobre la fortuna literaria de la retama.*—MIRALLES GARCIA, Enrique: *La ironía, una clave en las «Novelas Contemporáneas» de Galdós.*—GONZALEZ HERRAN, José Manuel: *Emilia Pardo Bazán y José María de Pereda: algunas cartas inéditas.*—WEISS, Brigitta: *Un bosquejo de literatura española del siglo XIX por M. Menéndez Pelayo.*—ALBERICH, José: *Sobre la configuración literaria de don Juan Manuel Montenegro.*—MORATILLA GARCIA, Emilio: *La estructura de apareamiento en el poema «Columpio» de Gerardo Diego.*—BIBLIOGRAFIA.

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO
REVISTA ANUAL

Director: Manuel Revuelta Sañudo, Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.—Editor: Sociedad Menéndez Pelayo. Redacción y Administración: Biblioteca de Menéndez Pelayo, C/. Rubio, 6. SANTANDER.

CONSEJO EDITORIAL: P. Beltrán de Heredia (Univ. de Texas), J. Manuel Blecua (Univ. de Barcelona), R. F. Brown (Univ. de Leeds), V. G. de la Concha (Univ. de Salamanca), H. Flasche (Univ. de Hamburgo), R. Gullón (Univ. de Chicago), C. Morón Arroyo (Univ. de Cornell), A. W. Phillips (Univ. de California), F. Rico (Univ. Aut. de Barcelona), F. Ynduráin (Univ. de Madrid).

Suscripción anual

	España	Extranjero
Socios	1.000 ptas.	\$ 16.00
Instituciones	1.600 ptas.	\$ 23.00
Número suelto	1.700 ptas.	\$ 24.00
Número atrasado	1.900 ptas.	\$ 26.00

Más gastos de envío. Recargo de correo aéreo \$ 3.00.

ESTA REVISTA SE EDITA CON LA COOPERACIÓN DEL AYUNTAMIENTO DE SANTANDER,
DE LA DIPUTACIÓN REGIONAL DE CANTABRIA Y DEL PREMIO «ESTANISLAO ABARCA»
DEL BANCO DE SANTANDER

Depósito Legal: SA. 173 - 1972
ISSN 0006-1646

Artes Gráficas Resma, 1983
Prolong. Marqués de la Hermida, s/n.

biografía galdosiana; esperemos que el estudio se complete pronto con ese prometido libro sobre las primeras series.

Salvador GARCÍA CASTAÑEDA
The Ohio State University

SACKETT, Theodore Alan: *Galdós y las máscaras. Historia teatral y bibliografía anotada*. Verona, Istituto di Lingue e Letterature straniere di Verona, 1982. XL, 212 p.

La aparición de este segundo libro del profesor T. A. Sackett supone una nueva fuente de conocimiento de la bibliografía galdosiana. La publicación en 1968 de su obra *Pérez Galdós. An Annotated Bibliography* fue acogida como una interesante contribución en esta especialidad, en cuya misma línea figura el libro que recensionamos ahora.

Se trata de una bibliografía anotada referida al teatro, obra que se comporta como una verdadera guía para el estudioso interesado por el teatro de Galdós.

Sackett ha realizado una recopilación de las fuentes ya impresas, a las que ha unido sus propias aportaciones, incrementando de esta manera la bibliografía teatral de Galdós hasta darnos 642 notas bibliográficas donde figura lo más importante que se ha escrito hasta ahora sobre el teatro de Galdós. El libro se basa, además, en el juicio crítico de los más destacados autores con cuyos comentarios clasifica el resultado que obtuvieron y la permanencia de las obras de este escritor en el escenario.

Aparte de la explicación que da el autor de la metodología utilizada, Sackett añade un capítulo sobre la historia de la crítica teatral galdosiana, donde analiza el teatro del siglo XIX y lo que significó la irrupción de Galdós en este género cuando ya bastante mayor, concretamente a los 50 años, decidió probar fortuna. Pérez Galdós renovó el teatro de su época y llevó al escenario una modernidad en los temas en los que, como apunta el profesor Sackett, aparece una nueva concepción de la mujer, el sentido en la vida de la voluntad y del esfuerzo o una visión «intrahistórica» de los problemas sociales, políticos y religiosos de la sociedad de su tiempo.

Tiene especial interés la puntualización que hace el autor en el libro de ciertos errores sobre el teatro de Galdós que se van repitiendo de autor en autor, como es el éxito o no de ciertas obras que fueron objeto de polémica en su día, o el hecho todavía discutido, des-

pués de demostrado, de que *La loca de la casa* en sus dos versiones fue siempre drama.

¿Qué repercusión tuvo el teatro de Pérez Galdós? Sackett responde a esta pregunta y describe el gusto del público de entonces y la duración de sus obras en la cartelera y la vigencia que tuvo el teatro del autor de *Realidad* a través del tiempo. Sackett analiza el contenido y la repercusión de algunas de las obras de Galdós, la relación novela-teatro y sus inconvenientes y, también, lo que significó como ensayo, lo que tuvo de acierto, así como los fracasos y las controversias de su producción dramática. Con todo, este teatro de Galdós tendrá después una gran repercusión e influencia en autores como Valle-Inclán, Unamuno, Benavente e incluso en Alberti y García Lorca.

La bibliografía teatral comentada se ha dividido en tres apartados: la proveniente de índices bibliográficos de carácter general, la anotada de libros, capítulos y artículos teatrales y la recogida de reseñas periodísticas.

Se nos ocurre que, tal vez, convenga considerar en el futuro la conveniencia de una investigación que nos llevara a conocer la repercusión que tuvieron los estrenos de las obras de Galdós en las diversas provincias españolas, tal como aparecen en la prensa local, cuyo análisis está por hacer. El trabajo resultaría muy interesante para conocer la reacción del público ante determinadas obras como *Realidad*, *Electra* o *Celia en los infiernos*; la extensión que se dio a los estrenos y la postura adoptada por la prensa de diferentes tendencias. Recuérdese, por ejemplo, el estreno en Santander de *Realidad*, ante el que el público reaccionó «reservado a veces; a veces entusiasmado y no pocas temeroso de aplaudir al señor Galdós». (*El Aviso*, 23-IX-1893).

Los apéndices del libro contienen la clasificación de toda la obra teatral de Galdós, los lugares de estreno y las publicaciones donde aparecieron reseñadas, así como los nombres de sus autores, lo que unido a las ediciones y adaptaciones existentes resultan un material de suma utilidad a la hora de trabajar sobre la especialidad teatral del autor canario.

Galdós y las máscaras es, en definitiva, un libro más, fundamental y necesario en la tarea ya iniciada de ir conociendo con profundidad el mundo literario galdosiano.

Benito MADARIAGA
Sociedad Menéndez Pelayo

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO

SUMARIO

TESAURO, Pompilio: *El cultismo léxico en el Libro de Miseria de Omne*.—SOLOMON, Michael R.: TEMPRANO, Juan Carlos: *La individualidad, el bien eficaz y el dilema de Juan Ruiz*.—LABRADOR, José J.—ZORITA, C. Angel-DIFRANCO, Ralph A.: *Cuarenta y dos, no cuarenta coplas en la famosa elegía manriqueña*.—GONZALEZ, José M.: *Manierismo y Contrarreforma en Cisne de Apolo, de Luis Alfonso de Carvallo (1602)*.—MORON ARROYO, Ciriaco: *Menéndez Pelayo: un programa de historia del pensamiento hispánico*.—RIVERA DE VENTOSA, Enrique: *Filosofía de la historia en Menéndez Pelayo*.—CARDONA, Rodolfo: *A propósito de Turgeniev y Galdós*.—MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: *Resonancias santanderinas en Doña Perfecta, de Galdós*.—VARELA JACOME, Benito: *Bipolarizaciones ideológicas en Gloria, de Galdós*.—ESTEBANEZ CALDERON, Demetrio: *El lenguaje político de Galdós: «Revolución» y «Restauración» en Fortunata y Jacinta y en los Episodios de la última serie*.—CABRALES ARTEAGA, José M.: *Notas sobre la Edad Media en el teatro español entre 1870 y 1900*.—CARDWELL, Richard A.: *Los albores del Modernismo: ¿producto peninsular o trasplante trasatlántico?*.—VILCHES DE FRUTOS, M.^a Francisca: *A la altura de las circunstancias o la inmersión del hombre en la historia*.—BIBLIOGRAFIA.—CRONICA.

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO
REVISTA ANUAL

Director: Manuel Revuelta Sañudo, Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.—Editor: Sociedad Menéndez Pelayo. Redacción y Administración: Biblioteca de Menéndez Pelayo, C/. Rubio, 6. SANTANDER.

CONSEJO EDITORIAL: J. Manuel Blecua (Univ. de Barcelona), Dietrich Briesemeister (Univ. de Mainz), V. García de la Concha (Univ. de Salamanca), Francisco López Estrada (Univ. Complutense), Ciriaco Morón Arroyo (Univ. de Cornell), Allen W. Phillips (Univ. de California), Francisco Rico (Univ. Aut. de Barcelona), Antonio Vilanova (Univ. de Barcelona), Francisco Ynduráin (Univ. Complutense).

Suscripción anual

	España	Extranjero
Socios	1.450 ptas.	\$ 16.00
Instituciones	2.000 ptas.	\$ 23.00
Número suelto	2.200 ptas.	\$ 24.00
Número atrasado	2.500 ptas.	\$ 26.00

Más gastos de envío. Recargo de correo aéreo \$ 3.00.

ESTA REVISTA SE EDITA CON LA COOPERACIÓN DEL AYUNTAMIENTO DE SANTANDER,
DE LA DIPUTACIÓN REGIONAL DE CANTABRIA Y DEL PREMIO «ESTANISLAO ABARCA»
DEL BANCO DE SANTANDER

Depósito Legal: SA. 173 - 1972
ISSN 0006-1646

Artes Gráficas Resma, 1985
Prolong. Marqués de la Hermida, s/n.

RESONANCIAS SANTANDERINAS EN DOÑA PERFECTA, DE GALDOS*

En los primeros meses del año 1876, Pérez Galdós escribe apresuradamente la novela *Doña Perfecta*, que publica por entregas en Madrid en la *Revista de España*, en cinco números de marzo a mayo-junio de ese año. Como vamos a ver, existen una serie de coincidencias entre los hechos reales acaecidos en estos años en Santander y los que nos presenta Galdós en la novela. Pero además nos retrata el ambiente neocatólico y el agobio integrista existentes en una supuesta ciudad, Orbajosa, con personajes y situaciones que muy posiblemente conoció el escritor en la ciudad cantábrica.

Los detalles expuestos en la novela ponen de relieve la existencia de una serie de elementos, presente en *Doña Perfecta*, que tienen una raíz indudablemente santanderina procedente del ambiente, de las circunstancias históricas y del grupo de amigos, tradicionalistas y neocatólicos, que acompañaron a Galdós en sus estancias en la capital cantábrica. La especificidad de algunas de las posturas que analizaremos, como el antimadrileñismo de los habitantes de Orbajosa, la crítica al krausismo, de aquellos «buenos cristianos», hidalgos, incorruptibles, patriarcales y hospitalarios, que no saben de filosofía alemana, según palabras de la protagonista, esti-

* Comunicación presentada en el Coloquio citado.

Montesinos cuando escribe que el conflicto y "las figuras centrales, aunque poco

mamos ofrecen una nueva hipótesis a la génesis de esta obra. De igual modo, estos hidalgos orgullosos de su abolengo que presumen de antecedentes guerreros, alusivos a las guerras cántabras en las que combatió el emperador Augusto («Augusta» llama don Cayetano a Orbajosa), así como los retratos del penitenciario, de don Cayetano y del joven Jacinto, aunque enmascarados, estarían sacados de aquellos modelos que conoció Galdós en Santander.

(A)

I. EL MUNDO DE ORBAJOSA

Las tentativas de una localización de Orbajosa en un punto exacto de la geografía nacional no han tenido un resultado satisfactorio, por tener, igual que Ficóbriga, unos elementos comunes a diversas localidades. En efecto, se trata de una ciudad piloto donde el novelista va a recoger el ambiente y las experiencias de los sucesos nacionales del momento. Orbajosa diría el autor que era un nombre local imaginario, pero no lo son, del mismo modo, las realidades sociopolíticas que retrata el autor. En este sentido, Orbajosa va a reflejar bastantes aspectos del ambiente y del espíritu de Santander sin ser concretamente esta ciudad.¹

Tal como nos informa en la novela, es una ciudad pequeña, de poco más de siete mil habitantes, con Ayuntamiento, Sede episcopal, Seminario, Depósito de caballos sementales e Instituto de Segunda Enseñanza, prerrogativas, como las llama Galdós, a las que habría que unir la de un Casino provinciano. El argumento de la obra le obligaba, por supuesto, a un enmascaramiento de la localidad con objeto de evitar

¹ Sobre este particular, ver la nota 8 de *Doña Perfecta*, de Rodolfo Cardona, publicado posteriormente a la presentación de esta comunicación en el Coloquio citado. En dicha nota el profesor Cardona admite como plausible la sugerencia de que «Galdós refleje en Orbajosa el espíritu integrista con el que se encontró durante sus primeras visitas a la ciudad de Santander» [...] «siempre que no se trate de establecer una ecuación de igualdad entre la ciudad ficticia y la ciudad real». *Doña Perfecta* (Madrid: Cátedra, 1982), p. 23.

las críticas de sus habitantes. Recogerá Galdós, decimos, muchos elementos santanderinos, aunque el modelo no sea fiel y exacto en los hechos y personas, como corresponde a cualquier novelista, que oculta y modifica las situaciones y personajes, según sus gustos y necesidades. Si bien los datos generales no son suficientemente aclaratorios, por más que Santander tuviera gran parte de estas instituciones, la coincidencia será mayor, como veremos, en el ambiente, que tampoco era —al estar constituido por un mosaico nacional— exclusivo de la provincia norteña, aunque fuera la mejor conocida por el novelista.

No era, por supuesto, entonces Santander una ciudad integrista y fanática, sino que, por el contrario, gozaba en España de fama como ciudad liberal, tal como lo reconoció el brigadier José Almirante cuando el 26 de junio de 1874 se lo comunicaba al Ayuntamiento de Santander con estas palabras:

Siempre decidida esa ciudad populosa y varonil por la noble causa de la civilización y de la libertad, se alza como frontera contra la desdichada comarca en que tan hondamente está arraigado el fanatismo.²

Galdós deja claro que Orbajosa no figura en el teatro de la guerra, aunque le llegan las incursiones de las facciones carlistas que, en algunos momentos, pusieron en peligro zonas de la provincia.

Como hay tanta agitación facciosa en esta tierra; como dos provincias cercanas están ya infestadas, y como, además, este distrito municipal de Orbajosa tiene una historia tan brillante en todas las guerras civiles, hay temores de que los bravos de por aquí se echen a los caminos a saquear lo que encuentren.³

La alusión a esas provincias vecinas, que posiblemente son las vascas, se repite en la obra. Así, dice en un momento

² Joaquín de la Llave, *Almirante y su obra*, prólogo de Fermín de Sojo (Madrid: Hidalgo, Imprenta Militar, 1945), p. 83.

³ *Doña Perfecta* (Madrid: Hernando, 1979), p. 173.

el teniente coronel Pinzón: «... porque las facciones de las dos provincias cercanas crecen como una maldición de Dios».⁴

Es precisamente en los años finales de la tercera guerra carlista, fecha en que fijamos el desarrollo de la acción, cuando la guerra alcanza su momento culminante en Santander, a principio del año 1874, en que estuvo a punto de caer en manos de los carlistas. Durante varios días reinó la intranquilidad en la ciudad y se reforzaron las defensas de la plaza.

Don Marcelino Menéndez Pintado, padre del entonces joven escritor santanderino, se lo explicaba, el 19 de enero de 1874, en estos términos a su hijo:

No sé si saldrá el correo, pues dicen que han cortado la vía los carlistas; éstos se encuentran a poca distancia de aquí, en número de 4 ó 5.000 hombres, y dicen que se dirigen a hacernos una visita: así es que hoy todo el día se ha empleado en hacer barricadas y en tomar otras precauciones; de Santoña han venido esta tarde unos mil hombres, que con los que había aquí y los voluntarios compondrán 2.000 a 2.500 hombres, que son más que suficientes para defender la población, y como es de suponer que los carlistas tengan conocimiento de estos preparativos, creemos que desistirán de su empeño.⁵

En este mismo mes era destinado a Santander el coronel de Ingenieros José Almirante, quien, con un grupo de ingenieros militares, se ocuparía de la fortificación de la ciudad mediante la realización de las obras que, muchos años después, quedaron como vestigio de aquella guerra.

Galdós nos informa de la llegada a Orbajosa de Pepe Rey, que aunque no pertenecía oficialmente al Cuerpo de Minas, va a explorar la cuenca del río Nahora. Como hemos dicho, en esas fechas un grupo de ingenieros militares actuaba en Santander, mandados por José Armada, a quien el Ayuntamiento

⁴ *Ibíd.*, p. 174.

⁵ Archivo epistolar, Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander. Consultada copia del original. Ver *Epistolario de Menéndez Pelayo*, ed. de Manuel Revuelta (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982), I, 81. En adelante indicaremos en números romanos el volumen y en arábigos el número de la carta.

de la ciudad le regalará, al final de su cometido, el fajín de brigadier, y el bastón de mando con motivo de su ascenso el 22 de mayo de 1874.

El teniente coronel Pinzón vendrá al frente de las tropas —según Galdós— que van a guardar la plaza contra la acción interna de los facciosos. Menéndez Pintado escribía de nuevo a su hijo informándole de la marcha de la guerra:

...nosotros no hemos sufrido nada, porque si bien los carlistas estuvieron en El Astillero y en Boo, no se atrevieron a atacar la ciudad, volviendo precipitadamente hacia Balmaseda (*sic*), al saber que venía el capitán general de Burgos con 4.000 hombres y 4 piezas de artillería a socorrernos: hoy ya está esto en su estado normal, aunque continúan las precauciones y quedarán dos batallones de guarnición, para estar a cubierto de una sorpresa. Con la facción venía nuestro amigo Fernando Velasco, Paulino Quijano y algunos otros de aquí.⁶

En efecto, para conjurar el ataque carlista llegaron con fuerzas el coronel La Calle y el capitán general Carbó.

Como vamos a ver, en la ciudad cantábrica, fronteriza con las provincias en guerra, se va a dar la circunstancia de estar sometida a la acción de facciones carlistas emboscadas, quienes caían por sorpresa sobre las localidades poco defendidas. Como dice José Simón Cabarga, «la provincia estaba, en realidad, carente de protección, y las partidas sueltas de carlistas se paseaban sin temor ninguno de ser molestadas».⁷

Se conocen los nombres y tropelías de algunos de estos cabecillas carlistas que se hicieron famosos en los lugares a los que se extendió la guerra. Galdós relata cómo uno de los jefes de estas partidas, Francisco Acero, «entró en las Roquetas, donde cobró un semestre y pidió raciones».⁸ En 1873, Navarrete, el jefe carlista más temido en la provincia, entró en el

⁶ Carta de 26 enero 1874. Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander. Consultada copia del original). Ver *Epistolario*, I, 82.

⁷ José Simón Cabarga, *Santander en el siglo de los pronunciamientos y las guerras civiles* (Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1972), p. 322.

⁸ *Doña Perfecta*, p. 199.

Ayuntamiento de Corvera, donde cobró un trimestre de contribución y se llevó 900 raciones. «Bartolomé Acero —sigue refiriendo Galdós— fue el que quemó el Registro Civil de Lugar noble, llevándose en rehenes al alcalde y a dos de los principales propietarios». ⁹ En estas fechas, en efecto, Navarrete quemó el registro civil de Selaya. En Solares —refiere José Simón Cabarga— los carlistas secuestraron al alcalde y a un vecino de Orejo que se llevaron con ellos. ¹⁰

Galdós aludirá a los partidarios y familiares de los levantamientos de 1848, quienes gozaban, ahora, de puestos en la administración o eran conocidos por ser temibles caciques. Este era el caso del famoso Caballuco, mano ejecutora del colaboracionismo carlista, hombre brusco y provocativo, hijo de un cabecilla de la facción. El diario *El Globo* del 23 de febrero de 1876 insertaba una relación de los diferentes partidarios carlistas, con sus hombres, lugares de influencia y fuerzas que mandaron como jefes de la facción durante la guerra. Entre ellos figura uno llamado Caballuco, cuya área de incursiones estaba en Valmeseda.

El novelista apunta que Orbajosa tenía antecedentes faciosos y que «conservaba en su seno algunas fibras enérgicas de aquéllas que en edad remota, según la entusiasta opinión de don Cayetano, le impulsaron a inauditas acciones épicas», referencia, a nuestro juicio, a las guerras cántabras que durante años constituyeron motivo de preocupación para los romanos. ¹¹ El nombre de Orbajosa se dice era una corrupción de «Urbs augusta».

⁹ *Ibid.*, p. 200.

¹⁰ P. 323. Los referidos sucesos pudo recogerlos Galdós de viva voz, o pudo conocerlos a través de las efemérides de José A. del Río, publicadas en el folletín de *El Comercio de Santander* y cuyo reparto se anunciaba para julio de 1875.

¹¹ Remigio Salomón, en su *Guía de Santander* lo expresaba en estos términos: «Descendientes de aquellos terribles españoles que Roma quiso en vano sujetar a su yugo, de aquellos héroes que supieron resguardar del furor sarraceno a las órdenes de su Pelayo, los restos de la monarquía» (Ver *Guía de Santander*, Santander, 1861, p. 11).

En 1875 el cambio de la forma de gobierno trae como consecuencia la destitución del alcalde y de diecisiete concejales, y *El Aviso* publicaba la relación de los Ayuntamientos adictos, lo que Galdós recoge también en la novela:

Los Ayuntamientos todos cesarán hoy. Así lo ha mandado el ministro, porque temía, no sé con qué motivo, que no prestaban apoyo a la autoridad central.¹²

Los orbajosenses, según Galdós, presumían de unas cualidades muy típicas de los montañeses, como eran la hidalguía, la nobleza, la generosidad, la hospitalidad y el valor, así como el orgullo por sus fueros de antaño, entre los que cita los «deplorables resabios de behetría que a veces daban no pocos quebraderos de cabeza al gobernador de la provincia». Las behetrías era una institución merced a la cual los hombres libres elegían voluntariamente señor que les protegiese a cambio de ciertas prestaciones. En el mismo año en que aparece *Doña Perfecta*, don Angel de los Ríos y Ríos, escritor santanderino amigo de Pereda, publicaba en Madrid su libro *Noticia histórica de Las Behetrías*,¹³ con una digresión sobre la posterior y también anticuada forma de los fueros vascongados, sistema por el que luchaban los carlistas. La defensa de estos privilegios de antaño formaba parte del programa de reivindicaciones del grupo afín a José María de Pereda. El mismo Menéndez Pelayo recoge en la crítica de *Bocetos al temple* estas aspiraciones de Pereda cuando escribe:

«No oculta el autor su justa antipatía al parlamentarismo, farsa tan cara como risible, ni el bien fundado menosprecio que le inspiran las movedizas y trasplantadas instituciones, sin raíz en nuestra historia y costumbres, que han sustituido a

¹² *Doña Perfecta*, p. 195, y «Crónica local», *El Aviso*, 9 enero 1875, p. 4.

¹³ Angel de los Ríos y Ríos, *Noticia histórica de las Behetrías, primitivas libertades castellanas, con una digresión sobre su posterior y también anticuada forma de fueros vascongados* (Madrid, 1876).

las antiguas, veneradas tradiciones, dignas de conservarse en lo que bueno y útil tenían».¹⁴

Sin embargo, pese a las ostentaciones de pureza de carácter de que hacían gala los orbajosenses, Pepe Rey advertiría la condición pleitista de las gentes de aquel pueblo, detalle muy significativo del carácter de los santanderinos, al que hace referencia Remigio Salomón en su *Guía de Santander*, donde escribe:

«Los montañeses, a pesar de que continuamente suelen verse, por desgracia, envueltos en pleitos, por la decidida afición que tienen a los estrépitos del foro, guardan cierto fondo de honradez»...¹⁵

También Galdós, en otros lugares, volverá a insistir en esta peculiaridad del carácter de los montañeses. Así lo hace constar en la segunda parte de *Gloria*, donde, al referirse a las gentes de Ficóbriga, que formaban la procesión, cita a los astutos aldeanos, a los ejemplares humanos «de vanidad infanzona, de gárrula presunción, de socarrona travesura, de solapada codicia, de graciosa sencillez, de castellana hidalguía y de ruda generosidad».¹⁶ Cualidades que, casi con idénticas palabras, volverá a repetir al escribir sobre Pereda en el diario *La Prensa* de Buenos Aires, en donde insiste en el «furor pleitista»¹⁷ del aldeano montañés, representado en *Doña Perfecta* por el labriego Licurgo, hombre de espíritu sutil y envevesado.

No iban a ser éstos únicamente los defectos que señalaría Galdós en su novela para la ciudad residencia de Doña Perfecta

¹⁴ Marcelino Menéndez Pelayo, «Bibliografía. Bocetos al temple por D. José María de Pereda...», *El Aviso*, 81 (Santander), 22 agosto 1876, pp. 4-6.

¹⁵ Páginas 11-12.

¹⁶ *Gloria*, segunda parte (Madrid, 1920), p. 80.

¹⁷ William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires* (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1973), p. 302.

ta. En estos años Santander comienza a mostrar los signos de su decadencia comercial, que se irá acentuando hasta finales de siglo. Esta penosa situación económico-social de la provincia había sido hecha pública en 1874 por Juan de la Revilla Oyuela en la *Revista de España*.¹⁸ Refiriéndose a Orbajosa, escribe el novelista canario:

Por lo poco que he visto, me parece que no le vendrían mal a Orbajosa media docena de grandes capitales dispuestos a emplearse aquí, un par de cabezas inteligentes que dirigieran la renovación de este país, y algunos miles de manos activas.¹⁹

En efecto, los santanderinos habían hecho siempre gala de su hidalguía sin mostrarse propensos al trabajo, por considerarlo antaño como propio de los de baja condición. Juan de la Revilla, en el artículo citado, hacía culpable de esta falta de afición al trabajo en aquellos momentos a la ausencia de ambición de los agricultores y ganaderos montañeses. Por otro lado, aunque algunos de los capitales más importantes de entonces eran de origen montañés, salvo en restringidas empresas, habían preferido colaborar en la restauración social y económica de otras regiones españolas. Entre estos estaba el marqués de Manzanedo, al que Galdós compara con el dios Mercurio en la novela, quien en 1875 había hecho el ofrecimiento de su fortuna al ministro de Hacienda con objeto de salvar de la crisis la economía española.²⁰

en la contribución territorial de Madrid. Igual que en el municipio de Comillas respeta explotación de sus emp. en Galdós

¹⁸ «Crónica local», *El Aviso*, 8 julio 1874, p. 5. Para Juan de la Revilla, véase *Revista de España*, 164, t. 41 (Madrid), nov. dic. 1874, pp. 513-525.

¹⁹ *Doña Perfecta*, p. 47.

²⁰ *El Aviso* (Santander), 6 enero 1875, p. 2. Obsérvese el paralelismo entre los argumentos utilizados por Pepe Rey, en que derriba los falsos dioses del Olimpo ante los programas de la ciencia (ver *Doña Perfecta*, p. 57), con las ideas expuestas por el mismo Galdós en «El diablo y los neocatólicos», en donde este diablo lo componen la personificación agrupada de los diferentes dioses paganos.

En otro lugar aludirá a la cantidad de mendigos que abundaban en Orbajosa, triste prerrogativa entonces de muchas ciudades españolas, entre ellas Santander, tal como lo recoge una crónica de *El Aviso* de 1875.²¹

II. LOS PERSONAJES

Del mismo modo que ha ocurrido en la ambientación y en el escenario de Orbajosa, algunos de sus personajes nos parecen retratos igualmente enmascarados de tipos humanos santanderinos tratados por Galdós, a los que utiliza criptográficamente, con su fina ironía, en las diferentes secuencias de la novela, personajes dotados posiblemente de un simbolismo o representación ideológica, al que se han referido ya los numerosos estudiosos de la obra galdosiana.

José del Rey, ingeniero y hombre abierto a los progresos de la ciencia, llega de Madrid a Orbajosa, ciudad podrida a la que compara el novelista con un sepulcro.

José del Rey es «el hombre del siglo», como le llamará el penitenciario, y representa la nueva corriente liberal. Hasta su apellido nos indica la vinculación a la monarquía parlamentaria proclamada oficialmente a primeros de 1875 en la persona de don Alfonso XII, Rey de España. Por ella se inclinaría Pérez Galdós, en oposición a la tradicionalista del pretendiente, seguida por Pereda.

Pepe Rey, más que encarnar, como se ha dicho, el tipo humano de porte krausista, participa de las actitudes intelectuales de éstos. Por ello su llegada a Orbajosa es acogida con prevención. En la ciudad xenófoba se mira con recelo todo lo proveniente de Madrid, capital identificada entonces con el gobierno y con su política y administración centralizadoras. Doña Perfecta se lo dice a su sobrino con estas palabras:

No pienses disparates y convéncete de que tu enemigo, si existe, está en Madrid, en aquel centro de corrupción, de en-

²¹ «Crónica local», *El Aviso*, 9 febrero 1875, p. 2.

vidia y rivalidades, no en este pacífico y sosegado rincón, donde todo es buena voluntad y concordia...²²

La misma idea con palabras semejantes había sido expresada por Pereda en 1870, en «La mujer del César», cuando se refiere a «la capital de España, centro de lujo, de la galantería y de los grandes vicios de toda la nación».²³ Pero Galdós duda de que este hombre, Pepe Rey, tenga futuro, y por eso habrá de morir de manera violenta a manos de quienes representan la oposición ideológica. Galdós cierra así en un estado conflictivo, sin solución, la alternativa que ostenta el hombre de la nueva España. Tal vez, entonces, el final incomprensible de la primera versión de la novela, con el posible matrimonio entre el joven Jacinto, símbolo del neocatolicismo, con doña Perfecta, símbolo de la intolerancia, tengan una explicación que se escapó a la crítica de la época.

A su vez, doña Perfecta fue elegida, como otros personajes femeninos de Galdós, para encarnar la figura tan española, pero también universal, de la intransigencia. Es el retrato suyo de una gran perfección psicológica, mezcla de mojigatería e intolerancia, y con mayor fuerza que el protagonista masculino. Como se advierte en la novela, encontrará un aliado en el penitenciario, representación de una parte del clero que estaba colaborando, incluso con las armas en la mano, en aquella guerra civil.

Personajes como doña Perfecta, aliada de la facción, existieron en aquellos momentos, tal como recoge una información de *La Voz Montañesa*, del 22 de enero de 1874, donde se anunciaba la complicidad de espías y confidentes carlistas. Recogía el periódico la noticia de haber sido detenida

una mujer de 36 a 40 años, decentemente vestida, acompañada de un soldado y de un municipal, que salían de la Iglesia de

²² *Doña Perfecta*, pp. 112 y 105.

²³ «La mujer del César», en *Bocetos al temple, Obras completas*, t. I (Madrid: Aguilar, 1974), p. 487. Véase igualmente «Suum Cuique», en *Escenas montañesas*.

San Francisco. Tratamos de saber lo que era —sigue diciendo la nota— y un chico a quien preguntamos nos contestó: es una *mandilona*. Suponemos que fuera alguna fanática de las que sirven a todo trapo a los carlistas.²⁴

Del penitenciario, don Inocencio, nos dice Galdós que

era maestro de Latinidad y Retórica en el Instituto, cuya noble profesión dióle gran caudal de citas horacianas y de floridos tpos, que empleaba con gracia y oportunidad.²⁵

El retrato profesional coincide con el del maestro navarro de Menéndez Pelayo, don Francisco María Ganuza, catedrático de Latín y de Retórica y Poética en el Instituto de Santander, y preceptor de Latinidad, quien tenía aprobados cinco años de Teología eclesiástica.²⁶ Ganuza fue profesor de latín de Menéndez Pelayo en los cursos 1866-67 y 1867-68, y de Retórica y Poética en el de 1868-69. Excelente latinista, fue después, en clases particulares, quien aficionó a su aventajado alumno por los autores latinos, especialmente Horacio. Aunque Ganuza no fue penitenciario de la catedral, Menéndez Pelayo conoció con cierta intimidad al que ostentaba el cargo en 1874, como se desprende de una carta de su padre donde le dice:

El Sr. Penitenciario me ha encargado te dé la enhorabuena de su parte; pero que al mismo tiempo te recomendase la lectura de los 4 primeros capítulos del Kempis, esto ha sido una broma de las que él suele tener.²⁷

Don Inocencio será, con doña Perfecta, el enemigo de Pepe Rey y el encargado de incitarle a mostrar con libertad su pensamiento y ponerle en oposición a su tía. Sin embargo, escrúpulos de conciencia le impedirán mostrarse partidario

²⁴ *La Voz Montañesa* (Santander), 22 enero 1878, p. 1.

²⁵ *Doña Perfecta*, pp. 38-39.

²⁶ Ver «Francisco María Ganuza», en nuestro libro *El Instituto de Santander. Estudio y documentos* (Santander: Diputación Provincial, 1971), pp. 183-184.

²⁷ Carta de 11 mayo 1874, *Epistolario*, I, 99.

cuando Pérez Galdós adapta *Doña Perfecta* al teatro en 1896, le sujeta a su amigo Tolosa Vitoriano, sin deseos de hacer a Don Inocencio Regal (profesor de latín) si bien le añade que no resultaba también como siendo

de aconsejar el levantamiento en armas, actitud de la que participa también doña Perfecta, aunque dirá más tarde:

Bien sabemos que en circunstancias solemnes y graves, por ejemplo, cuando peligran la patria y la fe, están los sacerdotes en su terreno incitando a los hombres a la lucha, y aun figurando en ella.²⁸

La existencia de religiosos como colaboradores y aliados de las patrullas carlistas, algunas de las cuales mandaron, fue corriente en esta guerra. José Simón Cabarga recuerda, al respecto, el caso muy notorio en Santander del apresamiento de un canónigo magistral de Santiago de Compostela, llamado Lavín, quien se unió en Liérganes a la facción de Ramón Abascal, de Arredondo.²⁹

El tercer elemento colaborador del carlismo lo formaban los neocatólicos, partidarios de una supremacía en la sociedad de las tradiciones y las creencias católicas. El pensamiento ultramontano, en oposición entonces con el catolicismo liberal, está representado en la novela por el joven Jacintito, muchacho precoz recién salido de la Universidad y cuya personalidad nos parece inspirada en la de Marcelino Menéndez Pelayo. Galdós alude a su edad de poco más de 20 años, no cumplidos todavía por el erudito santanderino, y a su aprovechamiento asombroso de los estudios universitarios.

Conviene advertir que en los medios familiares y de sus amigos íntimos el recién graduado era conocido por Marcelinito, y así le llama Pereda en alguna ocasión.

Pereda y Valera se percataron enseguida de los valores intelectuales de aquel joven, al que el primero llamaría «monstruo del ingenio» y el segundo «portentoso joven».³⁰ Como ya hemos apuntado, la fama entonces de Menéndez Pelayo de

²⁸ *Doña Perfecta*, pp. 215-216.

²⁹ Simón Cabarga, p. 323.

³⁰ Citado por López Bustamante en carta a Menéndez Pelayo del 17 enero 1877, y en carta de Laverde a Menéndez Pelayo del 4 enero 1877. Ver *Epistolario*, II, 137 y 130, respectivamente.

clérigo, por lo se al fin le presenta como canónigo 2
humanista.

neocatólico estaba generalizada incluso entre las personas más allegadas a él. En las cartas de su preceptor José Ramón de Luanco le aconseja en una de ellas que cultive, como buen neo, las relaciones con don Leopoldo Augusto de Cueto, el marqués de Pidal, Castro y Serrano, etc., y en otra le llama, en tono humorístico, «gran taumaturgo, carlista en mantillas y monárquico alfonsino vergonzante».³¹

En *Gloria*, Pérez Galdós volvería a sacar la figura de otro neocatólico, Rafael del Horro, uno de aquellos «piadosos seglares que tiene la Iglesia, que la defienden, la amparan y son un valladar firme contra las amenazas de los impíos», retrato psicológico del «neo», y cuyas aspiraciones a casarse con Gloria son parejas a las de Jacinto respecto a Rosarito.

Aparte de la animadversión patente en el novelista hacia lo que pretendía ser un movimiento político social de la Iglesia, su criterio sobre los eruditos, y sobre todo cuando se trataba de jóvenes precoces, no era mucho más favorable. Su opinión sobre estos casos la refleja en *Doña Perfecta* con estas palabras aplicadas a Jacintito:

En aquella tierna edad en que el grado universitario sirve de soldadura entre la puericia y la virilidad, pocos jóvenes, mayormente si han sido mimados por sus maestros, están libres de una pedantería fastidiosa que, si les da gran prestigio junto al sillón de sus mamás, es muy risible entre hombres hechos y formales.³²

En otro lugar de la novela, el canónigo, al hablar de su sobrino, dirá que «las ideas de Jacinto son sólidas; su criterio sano; lo que sabe lo sabe a machamartillo».³³

Alfredo Rodríguez³⁴ supone que el personaje de don Ca-

³¹ Cartas desde Barcelona, de 28 noviembre 1874 y 1 noviembre 1877, respectivamente, *Epistolario*, I, 156, y II, 253.

³² Página 78.

³³ Página 64.

³⁴ Alfredo Rodríguez, «Génesis de un personaje de *Doña Perfecta*», en *Estudios sobre la novela de Galdós* (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1978), pp. 13-26. Para las alusiones a don Marcelino en la obra de Galdós, véase José F. Montesinos, *Galdós* (Madrid: Castalia, 1980), III, pp. 291 y 329.

yetano, distinguido erudito y bibliófilo, poseedor de una importante biblioteca en Orbajosa, sería una alusión al *Tío Cayetano*, la revista reaccionaria en la que colaboró Pereda y su grupo de amigos antiliberales. En efecto, el nombre podría tener esta inspiración o también la de don Cayetano Rosell (1817-1883), bibliógrafo perteneciente al Cuerpo de Archiveros que había ingresado en la Biblioteca Nacional y poseía buena amistad con Marcelino Menéndez Pelayo, quien por entonces aspiraba al profesorado o a realizar oposiciones con destino a la Biblioteca Nacional. De cualquier forma, tal como observa Alfredo Rodríguez, Cayetano Polentinos recogería en sus intervenciones en la novela el pensamiento de Menéndez Pelayo en su polémica sobre la ciencia española con don Gumersindo Azcárate.

Aunque la sugerencia sea una hipótesis más dentro de esta clase de estudios sobre la ambientación histórica de *Doña Perfecta*, existiría, como ya apuntó Rodríguez, un problema muy ajustado en la coordinación de las fechas en que apareció la novela y comenzó la polémica. A nuestro juicio, la crítica irónica de Galdós hacia las investigaciones eruditas de don Cayetano sobre los linajes y la historia de Orbajosa, de sus glorias y virtudes, pudiera referirse a las que entonces realizaba Menéndez Pelayo, cuyos acopios de materiales sobre temas de su tierra natal comunica epistolarmente a su maestro Gumersindo Laverde. Luego, continuaría también en la citada polémica sobre la ciencia española descubriendo personajes, algunos poco conocidos hasta el momento.

Otro montañés, tal era el caso de Enrique Leguina, estaba publicando, igualmente, en la *Revista Europea* sus «Recuerdos de Cantabria», donde incluía nombres de santanderinos ilustres.³⁵ En 1876 lo hará el marqués de Casa-Mena con «Solares montañeses», en la revista *La Tertulia*, al escribir sobre «la hidalga y noble tierra montañesa».³⁶ Esa afición de

Luego comentará de don Cayetano que tenía una biblioteca muy grande (p. 72).

³⁵ *Revista Europea*, núm. 68, t. 4 (Madrid), 13 junio 1875, pp. 593-596.

³⁶ *La Tertulia* (Santander), 1876, p. 156.

los santanderinos a desentrañar la historia de su provincia iba a constituir el motivo del proyecto por Menéndez Pelayo de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros, sobre cuya idea comenzó en 1875 a consultar a diversos escritores paisanos suyos.³⁷

En *Doña Perfecta*, de existir ese modelo en el joven Menéndez Pelayo estaría, a nuestro juicio, desdoblado en el bibliógrafo don Cayetano y el neocatólico Jacinto. Pérez Galdós llevará a la novela, dentro de los diálogos en los que interviene Pepe Rey, algunas de las cuestiones que estaban sirviendo en aquellos momentos de motivo de polémica. Así ocurre respecto al panteísmo o panenteísmo de los krausistas y las doctrinas de Schopenhauer y Hartmann, que luego critica Menéndez Pelayo en sus polémicas con Azcárate y Revilla. Lo que sí conoció Galdós fue la polémica de Campoamor sobre el panenteísmo y de aquello del *yo* y *no yo* a que hace referencia solapadamente el astuto penitenciario. Lo mismo ocurre respecto al darwinismo, que luego Pereda ridiculizará en su cuadro de *Tipos Trashumantes* de manera muy parecida a como antes había hecho don Inocencio en la novela de Galdós. Tampoco Menéndez Pelayo, a lo que parece, participaba entonces de las teorías evolucionistas, como se desprende de una carta que le dirige José Muro, donde, al referirse a un escrito suyo, le dice:

Entre las bellezas que encuentro, hallo magnífico lo de «no poderse explicar cómo ese descendiente de orangutanes fue sucesivamente perfeccionándose hasta llamarse Homero, etc.».³⁸

Conviene advertir que el libro *El Origen de las Especies* de Darwin había aparecido en 1859 y no estaba entonces traducido al español, lo que se realizaría en 1877. Sin embargo, el profesor krausista santanderino, Augusto González de Lina-

³⁷ Tomás Maza Solano, «La Sociedad de Bibliófilos Cántabros que intentó formar Menéndez Pelayo», en *Homenaje a D. Miguel Artigas*, vol. 2 (Santander, 1932), 147-188.

³⁸ Carta de 1 mayo 1875, *Epistolario*, I, 200. *Sobre Menéndez Pelayo el darwinismo no se ve en nuestro trabajo en preparación presentado al I Congreso*

res, había explicado ya estas teorías años antes, e incluso polemizó públicamente en Santiago de Compostela, sobre el evolucionismo que tímidamente empezaban a darse a conocer en España.³⁹ El año antes de aparecer *Doña Perfecta* había tenido lugar la llamada segunda «Cuestión Universitaria», por la que fueron separados de sus cátedras un grupo de profesores krausistas por negarse a ajustar sus lecciones a los preceptos del gobierno, a la designación de libros de texto y a la formulación de un programa de «las que, a juicio del Gobierno, son verdades conocidas de la ciencia».⁴⁰

Otro de los puntos motivo de acusación a que se ve sometido Pepe Rey es el de practicante del espiritismo, secta de la que se declara partidario también el sabio de *Tipos Trashumantes* de Pereda.

Fuera o no intencionado, el hecho es que a los pocos meses de aparecer *Doña Perfecta*, de Galdós, Pereda publica, a su vez, el cuadro costumbrista titulado «Un sabio», el que hacía número IV de los «tipos» peredianos, en el cuaderno número 5 de *La Tertulia*, que se repartió en Santander en octubre de 1876.⁴¹ Conviene señalar la similitud del título con el calificativo de «sabio eminente» que el canónigo don Inocencio aplica al protagonista de *Doña Perfecta*. El cuadro costumbrista de Pereda parece, pues, una réplica caricaturizada a las cuestiones planteadas al sabio galdosiano, de corte krausista, por el grupo integrista de Orbajosa. Aquí sacará Pereda también los problemas del lenguaje krausista, el espiritismo,

³⁹ Ver Julio Caro Baroja, «El miedo al mono o la causa directa de la cuestión universitaria, en 1875», en *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Tecnos, 1977), pp. 23-41. Para un mayor conocimiento del tema puede consultarse el libro *El darwinismo en España*, ed. dirigida por Diego Núñez (Madrid: Castalia, 1977).

⁴⁰ Benito Madariaga, *Augusto González de Linares y el estudio del mar* (Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1971), p. 38.

⁴¹ «Crónica local», *El Aviso*, núm. 120, 5 octubre 1876, p. 3. *Tipos trashumantes*, editado como libro, no se repartió hasta el verano de 1877.

el Ateneo de Madrid, etc., que Galdós había tratado también en su novela.⁴²

Un nuevo motivo de conflicto en las relaciones del sobrino de doña Perfecta con el binomio ideológico que forman ésta y el penitenciario lo constituyen las manifestaciones externas del fenómeno religioso, criticadas, en esta ocasión, en la manera de entrar en la iglesia Pepe Rey y en la opinión que ostenta sobre la moda extravagante en la forma de vestir las imágenes. Curiosamente, este mismo motivo lo había ya tratado Galdós en su artículo «Profanación», y aparecerá después también en *Gloria* e incluso, más tardíamente, en *El Caballero encantado*.⁴³

En último término, interesa conocer la reacción producida por esta novela, que Francisco Pérez define como «la más genial parábola del integrismo religioso español», en el grupo de amigos santanderinos de Galdós.

Pereda, en una de sus cartas a su compañero canario (14-III-1877), le da consejos sobre lo que opina debe ser la trayectoria futura de su obra y le dice:

Repito que podía Vd. aspirar a los triunfos de *tirios y troyanos* y lo apruebo además. Usted lo ha conseguido con sus *Episodios* y hasta con *Doña Perfecta*, no obstante haberse mostrado liberal en los unos y poco aficionado a los beatos en la otra.⁴⁴

Como vemos, Pereda no intuyó el trasfondo de la obra, que le parece tolerable en comparación con otros escritos

⁴² Alberto Delgado-Gal en un artículo titulado «Don Inocencio, Pereda y la necrofilia nacional», *El País*, 19 abril 1981, p. 7, se ha referido recientemente al paralelismo entre las ideas expuestas por don Inocencio en *Doña Perfecta* y las de José M.^a Pereda en sus escritos.

⁴³ «Profanación» («Recuerdos de Madrid») en *Recuerdos y Memorias* (Madrid: Tebas, 1975), p. 105. Para *Gloria* ver la p. 61, segunda parte, ed. de 1920. Para *El caballero encantado*, ver: Julio Rodríguez Puértolas, *Galdós, burguesía y revolución* (Madrid: Turner, 1975), p. 128.

⁴⁴ Soledad Ortega, *Cartas a Galdós* (Madrid: Revista de Occidente, 1964), p. 53.

suyos, concretamente *Gloria*, que será objeto de una crítica más severa.

A su vez, Menéndez Pelayo informará a Pereda desde Nápoles (carta del 28-III-1877) del efecto producido por la obra fuera de España; en efecto, Morel-Fatio había publicado una noticia sobre las últimas obras españolas donde aseguraba que «los estudios históricos no pueden medrar en la península, porque nos tiene oprimidos el *catolicismo* (*sic*), para prueba de lo cual cita la *Doña Perfecta* de Galdós».⁴⁵

El intercambio de opiniones verbales y escritos entre los dos amigos santanderinos hará que sea idéntico el juicio que formulan sobre Galdós y su obra, expresado luego más extensamente a propósito de la publicación de *Gloria* en este mismo año.

¿Intuyeron los dos santanderinos la crítica solapada de Galdós a aquel ambiente neocatólico y tradicionalista que conoce en Santander? Pereda y Galdós habían de contender y polemizar no sólo epistolarmente y durante sus encuentros santanderinos. Ambos escriben en estos años desde posiciones ideológicas antagónicas. Lo que sí podemos asegurar es que en tanto Pereda sermonea epistolarmente a don Benito, Menéndez Pelayo, más combativo, se referirá en agosto de 1877, con motivo de escribir la crítica literaria de *Tipos trashumanes*, a que su autor no pretendió «hacer novelas *teológicas*», alusión a las dos novelas de tesis publicadas por Galdós.

En definitiva, lo que está claro es la existencia de dos frentes de opinión que sustentan en la novela Pereda y Galdós y que, a lo que parece, en esta primera época la amistad de Galdós fue mayor con el novelista de Polanco que con Menéndez Pelayo. Este, al escribir durante su estancia en Italia (26-II-1877) a su paisano, le hará partícipe de su opinión sobre «esa manía teológica de mal género», que a su juicio estaba perjudicando a Galdós, por lo que propone al autor de *Tipos*

⁴⁵ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*. Prólogo y notas de María Fernanda Pereda y Enrique Sánchez Reyes (Santander: CSIC., 1953), p. 27; *Epistolario*, II, 163.

trashumantes el cultivo de novelas «con opuestas tendencias», para poner remedio a esos daños.

Una vez más, al escribir el erudito santanderino a Valera en 8 de septiembre de 1879, utilizará unos criterios de enjuiciamiento todavía más duros, preludio de las páginas que luego le dedicará en la *Historia de los heterodoxos españoles*, al suponer a esta clase de novelas «propósitos segundos y de propaganda, y más si son tan aviesos y malnacidos como los de Galdós, hombre de indisputable talento pero echado a perder por la clerofobia progresista de *bas étage*».⁴⁶

El tiempo y un mayor conocimiento de quien luego sería vecino suyo en Santander le harían rectificar noblemente, con motivo de la entrada en la Academia de su amigo canario, las opiniones injustas y duras vertidas sobre aquel escritor que estaba revolucionando la novela y el teatro de su tiempo.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA
Cronista oficial de Santander

⁴⁶ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*. Introducción de Miguel Artigas y Pedro Sainz Rodríguez (Madrid: Publicaciones de la Sociedad Menéndez Pelayo, Espasa-Calpe, 1946), p. 59; *Epistolario*, IV, 37.

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO

SUMARIO

ZIMIC, Stanislav: *Las églogas de Garcilaso de la Vega: ensayos de interpretación.*—PARRILLA GARCIA, Carmen: *El Tratado de Amores en la narrativa sentimental.*—RALLO GRUSS, Asunción: *La epístola guevariana: un modelo de ensayo histórico.*—GOMEZ, Jesús: *Aportaciones textuales para un análisis formal de los Diálogos de la Phantastica Filosofía.*—MANERO SOROLLA, M.^a Pilar: *El precepto horaciano de la relación «fraterna» entre pintura y poesía y las poéticas italo-españolas durante los siglos XVI, XVII y XVIII.*—FUENTE BALLESTEROS, Ricardo de la: *Siete cartas de Blanco White.*—MARTIN, Gregorio C.: *Los teatros madrileños bajo Grimaldi y Gaviria.*—MILLER, Stephen: *Madrid y la problemática regionalista en Pereda y Galdós.*—PAOLINI, Gilbert: *Amalia: un caso patológico en El Maestrante.*—TRUXA, Sylvia: *El joven Unamuno, traductor del alemán.*—CAVALLO, Susana: *Consonancia y disonancia: el virtuosismo prosódico de José Hierro.*—PINDADO, Jesús: *Gerardo Diego.*—BIBLIOGRAFIA.—CRONICA.

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO
REVISTA ANUAL

Director: Manuel Revuelta Sañudo, Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.—Editor: Sociedad Menéndez Pelayo. Redacción y Administración: Biblioteca de Menéndez Pelayo, C/Rubio, 6. 39007 SANTANDER.

CONSEJO EDITORIAL: José M. Blecua (Univ. de Barcelona), Dietrich Briesemeister (Univ. de Mainz), Salvador García Castañeda (Univ. de Ohio), Demetrio Estébanez Calderón (Instituto «Ramiro de Maeztu», Madrid), Víctor García de la Concha (Univ. de Salamanca), Francisco López Estrada (Univ. Complutense), Ciriaco Morón Arroyo (Univ. de Cornell), Francisco Rico (Univ. Aut. de Barcelona), Francisco Ynduráin (Univ. Complutense).

Suscripción anual (1989)

	España	Extranjero
Socios	1.600 ptas.	\$ 18.00
Instituciones	2.500 ptas.	\$ 26.00
Número suelto	2.600 ptas.	\$ 27.00
Número atrasado	2.800 ptas.	\$ 28.00

Más gastos de envío. Recargo de correo aéreo \$ 3.00.

ESTA REVISTA SE EDITA CON LA AYUDA ECONÓMICA DEL AYUNTAMIENTO
DE SANTANDER

Depósito Legal: SA. 173-1972
ISSN 0006-1646

Artes Gráficas Resma, 1988
Prolong. Marqués de la Hermida, s/n. 39011 Santander

«Menéndez Pelayo, director de la Biblioteca Nacional». *RABM*, LXII, 1956, 1, p. 27-69.

«Menéndez Pelayo y la Hispanidad». *Mont.*, X, n.º 20, agosto 1956, p. 38-39.

«Las oposiciones a cátedra de Menéndez Pelayo». *RABM*, LXII, 1956, 1, p. 211-234.

1957

«Prólogo» e «Historia compendiada de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». *Catálogos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo... I. Manuscritos*. Reimpresión, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1957, p. VII-XII y 1-69.

«Unas apostillas al artículo sobre 'Tradiciones españolas'» [de Julián Cantera y Orive]. *BBMP*, año XXXIII, 1957, p. 182-207.

1959

Facsímiles de trabajos escolares de Menéndez Pelayo. Con un estudio crítico del Doctor Gregorio Marañón. Historia y presentación de este libro por Santander, Hnos. Bedia, 1959. XV p., 1 lám., 215 p., 2 lám., 1 h.

1962

Menéndez Pelayo. Su época. Su obra literaria. Estudio de la «Historia de las Ideas Estéticas en España». Barcelona, Editorial Teide, 1962.

1963

La Oratoria sagrada en España. Antología de sermones y conferencias del Muy Ilustre Señor D. Agustín Martín Pelayo. Prólogo de Oviedo, Gráficas Suma, 1963, p. 9-14.

1965

La lección humana de la Universidad de Salamanca. Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1965, 148 p. (2.ª ed. Salamanca, Graficesa, 1967).

1975

La fachada universitaria salmantina y sus secretos. Salamanca, Graficesa, 1975.

1978

«Fundación de las dos primeras universidades españolas». *BBMP*, año LIV, 1978, p. 281-295.

EL ACTO DE LA BIBLIOTECA

Retomamos el hilo cronológico de esta reseña. La Biblioteca de Menéndez Pelayo tenía el deber de celebrar públicamente y con la solemnidad que merecía el acontecimiento del centenario de sus dos primeros directores. La coincidencia en el mismo año aconsejaba hacerlo también conjuntamente. Y así el viernes 18 de diciembre de 1987 les dedicamos un acto académico en el que, por la índole de los hechos

a recordar, participaron varios conferenciantes, viéndose cada uno, como es natural, necesariamente constreñido y forzado por los límites del tiempo en su intervención. No obstante eso, las actuaciones se prolongaron por espacio de casi dos horas y resultaron de una brillantez desusada.

Presidió el acto, al que concurrió un público selecto y numeroso que llenaba la cátedra de Menéndez Pelayo, el Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Santander, que representaba al Sr. Alcalde, ausente aquel día de la ciudad, y a su lado se sentaron, con el Presidente de la Sociedad Menéndez Pelayo y el Director de la Biblioteca, los familiares de los homenajeados, don Germán Artigas, hijo de don Miguel, y don Pablo Beltrán de Heredia, sobrino de don Enrique. Otro hijo, don Pedro, así como sobrinos y nietos de don Miguel Artigas ocupaban, entre representaciones de diversas instituciones, los sillones laterales del estrado. Y antes de empezar se leyeron telegramas de adhesión de don Carlos Sánchez Reyes Palacio, Presidente de las Cortes de Castilla y León, de los hermanos Hortal Sánchez Reyes, todos sobrinos de don Enrique, y de don Nicolás Fernández Victorio.

El conjunto del acto se había estructurado en cuatro partes, las dos primeras dedicadas respectivamente a las semblanzas personales de don Miguel Artigas y don Enrique Sánchez Reyes, la tercera referida al Centro de Estudios Montañeses, por razón de haber sido engendrado en y por la Biblioteca de Menéndez Pelayo durante los años que en el acto se recordaban, y la cuarta destinada a una síntesis final, con precisa referencia a la trayectoria de ambos homenajeados como directores de la Biblioteca. Otros muchos aspectos y actividades o realizaciones de las dos personalidades podrían haberse tocado, pero en este lugar y momento nos veíamos obviamente constreñidos a los límites de su condición de directores de la Biblioteca, que era la razón misma de la celebración del homenaje.

Palabras de don Benito Madariaga de la Campa

Después de una somera intervención del director de la Biblioteca, explicando este esquema de participación, inició las intervenciones don Benito Madariaga de la Campa, miembro de la Junta de Gobierno de la Sociedad Menéndez Pelayo y Cronista Oficial de Santander, quien, en razón a su personal investigación sobre don Miguel Artigas en los Cursos de Verano y la Universidad Internacional, glosó la figura de don Miguel con las siguientes palabras:

Señoras y Señores: Hoy nos hallamos reunidos para conmemorar un hecho tan insólito como es el centenario, conjunto, de dos personajes unidos en vida por la amistad y por una misma dedicación. Pero aún es más extraordinario que uno de ellos celebrara en vida su centenario. De estos dos hombres, Miguel Artigas y Enrique Sánchez Re-

yes, tan vinculados a la historia cultural de Santander, me ha tocado ser expositor en una semblanza rápida del primero de ellos, continuador en esta Biblioteca de la magnífica y trascendental obra iniciada por Marcelino Menéndez Pelayo.

No era una situación nada cómoda, al menos desde el punto de vista crítico, suceder al fundador de la Biblioteca. Por eso se aguardaba con curiosidad el veredicto del tribunal de oposiciones que dio como resultado el nombramiento oficial del segundo bibliotecario. Cuando se conoció su nombre, Miguel Artigas Ferrando, la curiosidad se trocó en duda: ¿podría aquel hombre de apariencia sencilla, dotado de una buena preparación, potenciar a través de la Biblioteca el desarrollo cultural de Santander?

Aquel día 16 de mayo de 1915, en que tomó posesión en el Ayuntamiento, se dieron a conocer algunos pormenores biográficos del nuevo director, cuyas cualidades y prestigio llegaron a la ciudad a través de Gonzalo Cedrún y José Ramón Lomba y Pedraja, ambos amigos suyos montañeses. A sus 28 años tenía, pues, Artigas ganadas las oposiciones, a las que unía un expediente brillante. Aragonés de nacimiento había estudiado latín y filosofía en el Seminario de Teruel y las carreras de Filosofía y Letras y de Derecho, en Salamanca. Después de doctorarse en Madrid en 1910, marchó a estudiar filología clásica y los glosarios medievales españoles con Goetz en Alemania, donde residió desde finales de 1911 hasta 1914. Gozaba además Artigas de una gran experiencia en el manejo de las bibliotecas, después de su paso por las de Madrid, Barcelona y Sevilla.

Sánchez Reyes, condiscípulo suyo en Salamanca, trazó su perfil biográfico¹ con motivo de su muerte y contó en un artículo las andanzas de Artigas como becario en Salamanca y su llegada a Santander. Al describir su figura le retrata con una cabeza que semejaba la de un procónsul romano, de color cetrino, con barba dura, negra y cerrada, al que se le notaba al hablar su acento baturro.

José Manuel Blecua² dice que era pequeño, regordete y de carácter bondadoso y socarrón. Pero todos coinciden en su porte de intelectual descuidado. Un periodista dijo de él que era el hombre que peor llevaba la boina en Zaragoza, pero lo mismo se podría decir de su corbata o de sus pantalones sin rayas. Enrique Vázquez³ aludía a su humor inglés que le hacía parecerse a Mr. Pickwick.

¹ «Artigas íntimo», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. Santander, octubre-diciembre 1947, pp. 29-56.

² *La vida como discurso*. Zaragoza: Edic. Herald de Aragón, 1981, p. 77.

³ «Don Miguel Artigas en sus ocios de ateneísta. Algunas anécdotas pintorescas». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. Santander, octubre-diciembre 1947, pp. 46-55.

Tras ser nombrado se incorporó enseguida Artigas a la vida intelectual de la ciudad donde fue bien recibido por su generosidad y talento. Pronto se hizo popular en el Ateneo y en las diferentes tertulias de artistas y escritores. El mismo fundó una de ellas en la sede de la Sociedad de Menéndez Pelayo que había inaugurado en octubre de 1918 y de la que luego se hablará. Fue precisamente esta Sociedad la que, entre sus actividades, programó los cursos para extranjeros que creó en 1923 y que empezaron a funcionar enseguida bajo su dirección.⁴ Por una carta de Aurelio Viñas sabemos que fue un viejo proyecto, discutido por ambos, el de celebrar cursos de verano para extranjeros en Santander. «¿No estaría bien resucitarlo?» —le escribe éste en 1922.⁵

Sus relaciones con las universidades extranjeras y el prestigio de que gozaba en los medios intelectuales españoles le decidieron a acometer esta empresa, de difícil realización por una sola persona, como era su caso. Sin equipo auxiliar, Artigas editó programas y carteles sobre los cursos en varios idiomas, cuadernos para los alumnos de ejercicios de versión al español y mantuvo una abundante correspondencia con los centros y estudiantes de español interesados en estos cursos.

La primera etapa fue de propaganda y después se preocupó de la preparación de los programas y de buscar el profesorado. Gracias a su capacidad organizadora y a sus buenas relaciones con la Junta para Ampliación de Estudios y los investigadores que trabajaban en el Centro de Estudios Históricos, se puso en marcha el proyecto en el que colaboraron como profesores destacados intelectuales santanderinos como Lomba y Pedraja, Ciriaco Pérez Bustamante, José María de Cossío, Fernando Barreda, Maza Solano, Ignacio Aguilera, Estanislao Abarca, junto a profesores de Madrid y Valladolid.

Su intervención fue también decisiva en la realización del actual edificio de la Biblioteca y en la aparición del *Boletín* de la misma, así como en la creación del Colegio Mayor Universitario y de la Sección de Literatura del Ateneo santanderino, de la que fue jefe y presidente en 1921.⁶ Sus conferencias sobre Zorrilla, Santa Teresa y la novela española del siglo XIX tuvieron un numeroso público. Pero además de-

⁴ Ver los programas de cursos para extranjeros en el archivo de la Sociedad de Menéndez Pelayo.

⁵ Carta del 15-XII-1922, publicada por Benito Madariaga, en *Santander y la Universidad Internacional de Verano*, n.º 1 de Colección Puerto Chico. Santander: Excmo. Ayuntamiento y Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1983, p. 35.

⁶ José Simón Cabarga, *Historia del Ateneo de Santander*. Madrid: Editora Nacional, 1963.

bemos recordarle por sus gestiones como miembro de la junta directiva de la Biblioteca y Museos Municipales, de la de Turismo y en la de conservación de las cuevas de Altamira.

En el Ateneo de Santander se dieron a conocer por aquellos años muchos valores locales, se montaron exposiciones y se celebraron aniversarios y concursos literarios. En este sentido, Artigas fue protector y descubridor de Manuel Llano (1898-1938), al que prologó su libro *Brañaflor*.⁷ Con buen ojo crítico adivinó el «alma de poeta» de Manuel Llano. Fue el intelectual que aconsejó al autodidacta. Para ello le pidió que fuera algo más que colector de leyendas y de nuestro folklore local y le sugirió soltara las amarras y podara el barroquismo verbal de la primera época. Pero además le tradujo del alemán pasajes del folklore anglosajón que fueron útiles para el sarruján de Carmona.⁸

La existencia de cursos para extranjeros organizados por la Sociedad Menéndez Pelayo y la Universidad de Liverpool en la misma ciudad, trajo un problema de competencia que no favorecía a ninguna de las dos partes, al que se unía el creado por el Colegio Mayor, en el que se impartían también cursos de verano. Entonces para evitarlo tuvo lugar un encuentro entre las tres entidades. La primera tenía su sede en la Biblioteca, la segunda en el Instituto de Enseñanza Media, y el Colegio Mayor en el Colegio Cántabro. Las zonas de influencia de cada uno de ellos fueron también respetadas. Así, Allison Peers con la Universidad de Liverpool se reservó la propaganda en Inglaterra, la Universidad de Valladolid, en España y la Sociedad Menéndez Pelayo captaba el alumnado en los restantes países. Cada institución desarrollaba los trabajos de la mañana por separado, pero las conferencias y excursiones se realizaban en común para evitar gastos. Las subvenciones procedían de la Universidad, del Ministerio de Instrucción Pública, de la Junta de Relaciones Culturales y de la Diputación y el Ayuntamiento de la ciudad.

Artigas, en su labor de difusión de estos cursos, recibió la ayuda de José Ugidos y de Rodolfo Grossmann, director del Instituto Iberoamericano de Hamburgo. En 1930 Jorge Guillén le prometió también que haría desde Oxford propaganda de los citados cursos de verano de la Sociedad Menéndez Pelayo, a los que fue invitado por Artigas como profesor.

El último año en que se celebraron estos cursos para extranjeros organizados por la Sociedad Menéndez Pelayo fue el de 1932. Ellos

⁷ *Brañaflor*, prólogo de Miguel Artigas. Santander: Impr. Moderna, 1931.

⁸ Celia Valbuena, *El sarruján de Carmona, Notas sobre la vida y la obra de Manuel Llano*. Publ. Inst. Etnografía y Folklore, vol. I, 1969, pp. 265-482.

fueron el precedente y el germen de la futura Universidad Internacional de Verano, que creó después la República en el Palacio de la Magdalena. Actualmente no sabemos con certeza de quién surgió la idea de la creación de ésta en Santander. La primera mención que se conoce de ella es de Miguel Artigas en 1930, quien había escrito en la *Revista de Santander*: «Si la discreción no atase mi pluma podía revelar un proyecto importante que hará muy pronto de Santander un centro veraniego frecuentado por centenares de estudiantes de todos los países». ⁹ Enrique Vázquez López ha dicho que fue «empresa cultural ideada y puesta en actividad por el numen infatigable de la ilustre personalidad que nos ocupa». ¹⁰ Jorge Guillén, a su vez, en una carta escrita al respecto, atribuía la idea a Pedro Salinas, del que dice: «Es natural que el mismo Pedro Salinas atribuya la idea de haber creado aquella Institución a don Fernando de los Ríos, su promotor oficial. Pero fue a Salinas a quien se le ocurrió la idea de esa Universidad». ¹¹ A lo que parece tuvieron especial participación en el proyecto y en su ejecución Miguel Artigas, Pedro Salinas y Fernando de los Ríos, este último mediante el Decreto fundacional del 23 de agosto de 1932.

Miguel Artigas, al hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional en 1930, no se desvinculó de Santander y figuró en el primer Patronato de la recién fundada Universidad de la Magdalena.

Políticamente fue Artigas un hombre que podría ser encasillado dentro de la derecha moderada, como lo demuestra su adscripción a la Unión Patriótica de Primo de Rivera. Su talante intelectual y liberal le permitió el trato y la convivencia con los hombres del Centro de Estudios Históricos y de la Junta para Ampliación de Estudios.

Al declararse la guerra civil y crearse después el nuevo estado nacional sindicalista, se vio obligado a colaborar en un libro contra los institucionistas a los que antaño tratara con respeto y amistad. Artigas se escudó en esta ocasión en Menéndez Pelayo para escribir un artículo contra los krausistas utilizando los argumentos de don Marcelino.

En 1938, siendo director de la Biblioteca Nacional, vuelve a crear en Santander los cursos para extranjeros del Ministerio de Educación Nacional, bajo el Patronato de la Sociedad Menéndez Pelayo, cursos de los que fue director hasta que le sucede Sánchez Reyes en 1940 en este puesto. Pero en esta ocasión no pudo evitarse el carácter político y propagandístico de los mismos. Sin embargo, suponía un retorno a

⁹ *La Revista de Santander*, n.º extraordinario. Santander, 1930, p. 312.

¹⁰ O. c., p. 50.

¹¹ Carta a Benito Madariaga del 16 de junio de 1981 publicada en la O. C. *Santander...*, p. 68.

los comienzos del año 1923 como primer paso para llegar otra vez a la Universidad Internacional. Aquellos cursos los inauguró el Ministro de Educación Nacional, Pedro Sainz Rodríguez, quien en 1928 había sido profesor en los de la Sociedad Menéndez Pelayo. Los cursos duran hasta 1945, con distintos emplazamientos, hasta que fue creada este año por Decreto la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», cuyo primer rector fue Ciriaco Pérez Bustamante, también profesor en los comienzos.

La guerra civil supuso para Artigas un duro golpe. Su amigo Manuel Llano escribía en aquellos momentos: «Es como si se acercara un mito de los cuentos nevados de las noches de invierno, sanguinario, veloz y gigantesco, enemigo desvelado de los hombres...». No logró sobreponerse a la muerte de su hijo primogénito en el frente de Teruel. En 1947 muere también el primer bibliotecario sucesor de Menéndez Pelayo, autor de libros sobre Góngora y Menéndez Pelayo y director de la Edición Nacional de las Obras Completas del polígrafo santanderino. Le sucede por oposición y sugerencia suya su amigo y condiscípulo Enrique Sánchez Reyes, fiel continuador de las directrices del maestro y de quien le había sucedido en el cargo.

Palabras de don Carlos González Echegaray

Como Presidente de la Sociedad Menéndez Pelayo y debido a su personal conocimiento de quien fue durante muchos años su vecino de escalera, don Carlos González Echegaray esbozó así la personalidad de don Enrique Sánchez Reyes:

Cuando me invitaron a tomar parte en este acto, y a pesar de que ello implicaba hacer desde Madrid un viaje exprofeso, lo acepté con verdadero agrado porque consideré que era la manera más apropiada para expresar mi gratitud de hoy a dos hombres que me ayudaron a mí en un ayer ya muy lejano, tan lejano que se remonta casi al medio siglo.

Vaya por delante, y antes de referirme a Sánchez Reyes, que es el tema que me han reservado, que también tengo motivos de gratitud y recuerdo para don Miguel Artigas, a quien conocí personalmente cuando ya estaba inmovilizado por la enfermedad, pero con el intelecto despierto y el corazón abierto para los amigos de Santander y para los hijos de sus amigos, como era mi caso, ya que él había tenido una sincera amistad con mi padre en la Junta Directiva del Ateneo de Santander, años atrás. Por otra parte también había existido una gran amistad entre él y mi tío y padrino Carmelo de Echegaray, Cronista de las Provincias Vascongadas y uno de los fundadores de la Sociedad Menéndez Pelayo. Con don Enrique Sánchez Reyes tuve motivos más próximos y duraderos; motivos que podría separar en dos grupos: motivos profe-

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA
DE MENÉNDEZ PELAYO

ESTUDIOS SOBRE
MENÉNDEZ PELAYO

NÚMERO EXTRAORDINARIO EN HOMENAJE
A DON MANUEL REVUELTA SAÑUDO

SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO
SANTANDER

1994

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA
DE MENÉNDEZ PELAYO

ESTUDIOS SOBRE
MENÉNDEZ PELAYO

NÚMERO EXTRAORDINARIO EN HOMENAJE

A DON MANUEL REVUELTA SAÑUDO

*Para Benito Madariaga de la Campa,
muy agradecido por su participación en
esta despedida y por sus muchas confe-
rencias durante mi trabajo en esta
Biblioteca,*

*Manuel
12 julio 1994*

SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO

SANTANDER

1994

Depósito Legal: SA. 173 - 1972
ISSN 0006-1646

Artes Gráficas Resma, 1994
Prolong. Marqués de la Hermida, s/n. 39011 Santander

ÍNDICE

CARLOS GONZÁLEZ ECHEGARAY: <i>Presentación</i>	IX
CIRIACO MORÓN ARROYO: <i>Biobibliografía de Manuel Revuelta</i>	XI

ESTUDIOS SOBRE MENÉNDEZ PELAYO

SOBRE SU OBRA

ANDRÉ BARON: <i>Menéndez Pelayo, forjador de teorías</i>	1
MODESTO SANEMETERIO COBO: <i>Kant, Menéndez Pelayo y las Ciencias del conocimiento</i>	61
MARTA CAMPOMAR FORNIELES: <i>Menéndez Pelayo en el conflicto entre tradicionalismo y liberalismo</i>	109
ANTONIO SANTOVEÑA SETIÉN: <i>Menéndez Pelayo y el sistema educativo español</i>	135
BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA: <i>Menéndez Pelayo: Evolución de su actitud ante el Krausismo</i>	163
JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY: <i>La segunda edición de la Historia de los Heterodoxos. Evaluación desde la Arqueología</i>	197
ANTHONY H. CLARKE: <i>De Mistral al Abrego: Vientos provenzales en la tierra, a la luz de una pista sugerida por Menéndez Pelayo</i>	215

SOBRE SU EPISTOLARIO

CIRIACO MORÓN ARROYO: <i>Menéndez Pelayo y el Hispanismo (desde el Epistolario)</i>	227
DEMETRIO ESTÉBANEZ CALDERÓN: <i>Realismo y naturalismo en la crítica literaria de Menéndez Pelayo</i>	263
ENRIQUE RIVERA DE VENTOSA: <i>La Orden Franciscana en el Epistolario de Menéndez Pelayo</i>	301
JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN: <i>Para el Epistolario de Menéndez Pelayo: Cartas de Jesús Muruais</i>	319
CARLOS GONZÁLEZ ECHEGARAY: <i>Menéndez Pelayo y la Marquesa de Viluma</i>	337
DAVID TORRES: <i>Una carta olvidada de Menéndez Pelayo</i>	355

SOBRE SU BIBLIOTECA

XAVIER AGENJO: <i>Menéndez Pelayo y el estudio de la imprenta en Santander: papeletas inéditas</i>	359
VALENTÍN MORENO GALLEGO: <i>Ediciones de Luis Vives en la Biblioteca de Menéndez Pelayo</i>	415
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS: <i>Teatro español en la Biblioteca de Menéndez Pelayo: Piezas impresas en colecciones dramáticas o misceláneas durante los siglos XVI, XVII y XVIII.</i>	445
ANDRÉS DEL REY SAYAGUÉS-ROSA FERNÁNDEZ LERA: <i>Correspondencia del fondo Cañete en la Biblioteca de Menéndez Pelayo</i> ...	487
RAFAEL GÓMEZ DE TUDANCA: <i>Enrique Menéndez Pelayo: Dos sonetos inéditos. — Gerardo Diego: Elegía a Enrique Menéndez</i> (con facsímiles)	553

MENÉNDEZ PELAYO: EVOLUCIÓN DE SU ACTITUD ANTE EL KRAUSISMO

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

Ya desde joven y a lo largo de su vida mostró Marcelino Menéndez Pelayo una animadversión hacia el krausismo, sentimiento puesto de manifiesto a través de múltiples polémicas y de las opiniones sobre este movimiento filosófico que aparecen en algunas de sus cartas y de sus obras. La reciente publicación de su *Epistolario* permite valorar mejor el criterio que le merecieron desde la intimidad aquellos hombres y el carácter de la filosofía krausista.¹ Los estudios escritos después de su muerte sobre el krauso-institucionismo contienen, salvo algunos trabajos objetivos y desapasionados, un amplio abanico de juicios, tanto de justificación y alabanza como de condena, pero todavía se hace necesario profundizar en algunos aspectos de las relaciones que mantuvo con este grupo intelectual y hasta dónde llegó el conocimiento de su filosofía. Este es el tema que, por parecernos importante, nos propone-

¹ Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*. Edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982-1991) 23 volúmenes. Todas las citas se harán por esta edición (E) indicando el volumen y página. Igualmente utilizamos las siguientes siglas y abreviaturas: CE = *La Ciencia Española*; HH = *Historia de los heterodoxos españoles*; HIE = *Historia de las ideas estéticas en España*; MP = *M. Menéndez Pelayo*, y BBMP = *Bol. de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*.

mos esbozar a través de la consulta del archivo epistolar y del inventario de los autores existentes en su Biblioteca, para conocer, de esta manera, los libros krauso-institucionistas que le interesaron y aquellos que contienen dedicatorias.

Los biógrafos y estudiosos de la obra del santanderino, consideran que hubo, al menos, dos etapas en su vida y que la primera, de «ardor juvenil» y de carácter polemista, se fue atemperando con los años hasta el punto de ofrecer una actitud más objetiva y conciliadora respecto a determinadas ideas y personas. Es durante la época inicial cuando mantiene la controversia con Manuel de la Revilla (1874) y luego sobre la ciencia española (1876-1877); contiene, una vez más, en Santander a través de la prensa con el escritor y gobernador en varias provincias Juan Ángel Gavica y Echezábal (1846-1879),² con motivo del retrato de un krausista que, con el título de «Un sabio», había escrito José María de Pereda en *Tipos tras-humantes* (1877). Finalmente, publica en 1882 el último volumen de su *Historia de los heterodoxos españoles*, obra en la que incluye a las principales figuras de la plana mayor krausista. Pero no siempre fue así y, aunque en realidad nunca compartió sus ideas ni pactó con los discípulos y continuadores de Sanz del Río, llegó a reconocer su honradez y también su influencia en el despertar de la inquietud filosófica en España en unos momentos en que, prácticamente, era inexistente en los ámbitos intelectuales y universitarios. Aquel antagonismo fue muy precoz y se remonta a la época de estudiante. Tenía origen en su formación conservadora en el seno de una familia católica y en el marco de unas amistades en las que prevalecía el pensamiento tradicional propio de la derecha burguesa, así

² Sobre Ángel Gavica, ver *El Eco Montañés* del 22 de mayo de 1879 y su artículo costumbrista «Las niñas, las mamás y los indianos» y el poema festivo «Recuerdos», en *El Montañés, Almanaque para 1867* (Zaragoza, 1866), pp. 43-48 y 79-80. Ver, igualmente, «La nueva contribución», *El Montañés. Almanaque Literario para 1868* (Santander, 1867), pp. 29-34. A su muerte se abrió una suscripción para levantarle un mausoleo. Ver, al respecto, *El Aviso* de Santander del 29 de mayo y del 25 de septiembre de 1879, pp. 6 y 2.

como en una oposición política, religiosa e intelectual a la filosofía krausista, que le parecía confusa y extraña al pueblo español, aparte de peligrosa para la juventud, entre la que tuvo numerosos partidarios y simpatizantes.

No fue siempre el escritor santanderino justo y objetivo a la hora de valorar a los krausistas y a sus continuadores los institucionistas. A los primeros los calificó de «sectarios» y «fanáticos», comparándolos con una «logia», una «tribu», un «círculo de alumbrados» (HH, VI, p. 385), y a los segundos, representados en la persona de Francisco Giner de los Ríos, los consideró «pedagogos insufribles» (E, VIII, pp. 56-7). De poco valió que amigos suyos y hombres de prestigio, como Juan Valera o Leopoldo Alas, abogaran en favor de ellos. Tampoco su simpatía hacia Augusto González de Linares y Rafael Altamira sirvió para modificar unos criterios muy arraigados en su personalidad.

Valoraciones antikrausistas

Cuando Menéndez Pelayo se refiere a Krause, sus juicios no son en conjunto acertados y le estudia más en función de su arraigo e influencia en España que por su valor filosófico, que no le merece una especial estimación; por ello alude a su «flaqueza intelectual» y dice que algunas de sus interpretaciones filosóficas le parecen más propias de un «iluminado vulgar que de un espíritu científico» (HIE, IV, 268).

Ya en los *Heterodoxos* le había estimado un filósofo de segundo orden, juzgándole «un teósofo, un iluminado ternísimo, humanitario y sentimental, a quien los filósofos trascendentales de raza miraron siempre con cierta desdeñosa superioridad, considerándole como filósofo de logias, como propagandista francmasónico, como metafísico de institutrices, en suma, como un charlatán de la alta ciencia que la humillaba a fines inmediatos y no teóricos» (pp. 375-376).

En su Biblioteca se conservan los siguientes libros de Karl Christian Friedrich Krause: *Ideal de la Humanidad para la*

vida (Madrid, 1860), versión de Julián Sanz del Río, y *Compendio de Estética*, traducido y anotado por Francisco Giner (Madrid, 1883).³ Su conocimiento de Krause le llega, pues, en parte, a través de estos autores españoles y, por supuesto, no le gusta ni le concede una alta categoría científica, excepto entre juristas y pedagogos. Es su amigo y condiscípulo Leopoldo Alas el que insiste en este aspecto y le escribe al respecto: «Del Krause del que yo me atrevo a responder es del Krause filósofo del Derecho, y en este punto creo que se equivoca usted al negarle toda influencia actual» (E, IX, 134-139). A continuación, le dice que lo confirma Schöfel, en el que se nota el valor que concede a este filósofo. Lo mismo opinaba Francisco Giner, en la introducción a la citada traducción del *Compendio*, al afirmar: «Es uno de los hombres que más hondamente han removido en estos tiempos nuestro petrificado espíritu nacional y ejercido más poderoso influjo en su cultura y sus manifestaciones» (p. XI).

No fue Sanz del Río el único ni el primero que admiró la filosofía alemana, dada a conocer entre nosotros por Balmes, como ya advirtió Menéndez Pelayo, y en el caso de Krause, principalmente a través de su discípulo H. Ahrens, autor traducido al español en 1851 por Ruperto Navarro Zamorano. Ya de 1836 a 1838 se había editado en París *Cours de philosophie* de H. Ahrens y en Bruselas, *Cours de Droit naturel*, del mismo autor, en 1838, obras que circularon y se leyeron en España. El Ateneo de Madrid fue centro de difusión desde el que varios autores se refirieron a la filosofía española y europea. Así, durante su permanencia en Madrid, Tomás García Luna se encargó de la cátedra de Filosofía en la referida institución, y pronunció un ciclo de conferencias que luego fueron publicadas con el título de *Lecciones de Filosofía Ecléctica* (1843). En la Biblioteca de don Marcelino se hallan los dos vo-

³ En la Biblioteca de MP existe también el libro de Johann Heinrich Krause, *Plotina oder die Kostüme des Haupthaars bei den Völkern der alten Welt* (Leipzig, 1858), que está sin abrir, excepto en las cuatro primeras páginas del prólogo.

lúmenes, regalo de su tío Juan Pelayo, y *Gramática general o filosofía del lenguaje* (1845), remitido por el propio autor con una dedicatoria. Luis Vidart⁴ cita de Sanz del Río el libro *Lecciones sobre el sistema de la filosofía analítica* (1850), cuya segunda edición dice que se publicó ampliada, diez años más tarde, con el título *Sistema de la Filosofía. Metafísica. Primera Parte. Análisis*. En 1854 escribió también tres artículos sobre filosofía en *Revista Española de Ambos Mundos* (1854), uno de ellos con las biografías comparadas de Kant y Krause. Otro de los conferenciantes fue Nicolás María Rivero, que en 1850 pronunció un ciclo de lecciones en el Ateneo sobre la filosofía moderna, ocasionando una fuerte polémica y el descontento de algunos socios por la interpretación que ofreció desde el punto de vista político y religioso. Igualmente, Manuel Ascensión Berzosa había realizado en este mismo lugar una exposición, en 1857, de los sistemas filosóficos alemanes, preferentemente de Kant, conferencias que se publicaron en la *Revista de Instrucción Pública*. Al mismo tiempo, las doctrinas krausistas se propagaron a través del Círculo filosófico que se reunía en casa de Santos Lerín y en tertulias masónicas, llegando principalmente a los lectores españoles a través de las obras de G. Tiberghien, H. Leonhardi, Carl Roeder o Amiel, con gran parte de los cuales mantuvo correspondencia Sanz del Río.⁵

En esos momentos las teorías filosóficas existentes en España eran, según Luis Vidart, el eclecticismo, la filosofía católica o espiritualismo, la escuela hegeliana, el armonismo

⁴ Luis Vidart, *La Filosofía Española. Indicaciones bibliográficas* (Madrid, 1866). El ejemplar de MP tiene interesantes anotaciones complementarias de su puño y letra. Vidart le envió su libro *La historia literaria de España* (1877) con esta dedicatoria: «A Marcelino Menéndez Pelayo, que es un dolor que la *calidad* de su pensamiento no valga tanto como la *cantidad* de su ciencia. Su verdadero amigo, a pesar de todo, Luis Vidart».

⁵ Enrique M. Ureña, *Cincuenta cartas inéditas entre Sanz del Río y krausistas alemanes (1844-1869)*, Madrid: UPCO, 1993.

krausista y el materialismo, con destacados representantes en cada una de ellas.

Todavía fue más severo Menéndez Pelayo en sus juicios sobre Julián Sanz del Río, al que dedicó un amplio comentario en los *Heterodoxos* (pp. 366-392). El haberse ocupado de él se debe a Gumersindo Laverde, quien se lo sugiere repetidamente (E, I, 123 y 327). Menéndez Pelayo le solicita, a su vez, el plan de los dos capítulos referentes a Sanz del Río y el Krausismo (E, I, 358).

Aun confesando que sólo conoce «muy someramente» la vida de Sanz del Río, Laverde se atreve el 9 de diciembre de 1875 a enviarle «un bosquejo si bien incompleto». A don Marcelino le parece adecuado y le responde que resulta «muy a propósito» para su plan, salvo alguna corrección que hace en las notas enviadas.

Laverde y Sanz del Río

Las relaciones entre Laverde y Sanz del Río se remontaban a la época en que el primero colaboraba con los krausistas y, como escribe André Baron, «no tuvo en una primera fase reparo en recibir cargos oficiales en la enseñanza de parte de los ministerios procedentes de la septembrina» (BBMP, 1972, 109). En 1872 este mentor de Menéndez Pelayo había trabajado en el Ministerio de Fomento cuando era rector de la Universidad de Madrid Fernando de Castro y, según refiere Baron, antes de aceptar el puesto consultó al P. Ceferino González «la legitimidad moral de semejante participación» (pp. 109-110).

A lo largo de su vida mantuvo correspondencia amistosa con algunos de los hombres más destacados del krausismo, como Nicolás Salmerón, Juan Uña, director entonces de *La Enseñanza*, y Sanz del Río. La relación epistolar con éste abarca de 1857 a 1859 y se conservan las cartas de contestación del filósofo de Illescas en las que se advierte su carácter moralista y enfermizo. Más tarde, gran parte del epistolario de

Laverde pasó por donación, con sus papeles, a la Biblioteca de Menéndez Pelayo, donde actualmente se conserva.⁶

El año anterior a la primera carta, Laverde había mantenido una polémica por medio de un artículo (*Revista Universitaria*, n.º 12, 30-XII, 1856), en el que sustentaba la necesidad de crear una Academia de Filosofía española como instrumento adecuado para poner armonía en nuestra Instrucción Pública y relacionar la tradición nacional con la universal en consonancia con la razón y la fe. En esta polémica precursora de la referida a la ciencia española, según Pérez Vidal,⁷ intervino Juan Miguel Sánchez de la Campa, catedrático del Instituto de Cáceres, que negaba la presencia entre nosotros de un pensamiento filosófico nacional y únicamente admitía opiniones dispares y, en algún caso, valiosas (*Rev. Instr. Públ.* 18-IV-1857). Participó, en último término, Nicomedes Martín Mateos, director del Instituto Industrial de Béjar, espiritualista y partidario de la doctrina de Bordas Demoulin, que defendió en el debate la existencia indudable de algunos filósofos españoles de especial relevancia y daba la razón a Laverde en el respeto que se debía a la tradición española.⁸ Los tres estaban interesados entonces en el estudio y fomento de la Filosofía en España, así como en mejorar la organización de la Instrucción Pública, que, a juicio de Laverde, no descansaba sobre seguro. El tema de la aportación cultural y científica de España estaba

⁶ Las seis cartas inéditas que existen en la Biblioteca dirigidas a Laverde por Sanz del Río, dos corresponden a 1857, otras dos a 1858 y dos también a 1859.

⁷ José Pérez Vidal, «Anticipo de la polémica sobre la ciencia española», *Hispania*, t. 41 (1981) 47-60. La polémica entre Sánchez de la Campa y N. Martín Mateos aparece en el Apéndice del libro de G. Laverde: *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública* (Lugo: Soto Freiro, 1868) 487-494.

⁸ Nicomedes Martín Mateos publicó los siguientes libros existentes en la Biblioteca de MP: *El espiritualismo, Curso de Filosofía*, t. I (Madrid, 1861) y t. II, III y IV (Madrid, 1862) item *Cartas filosóficas a D. Ramón de Campoamor en contestación a su obra de «Lo absoluto»* (Béjar, 1866) y *¡Gloria a dos sabios! Meditaciones filosóficas acerca de la vida y muerte de Sócrates y Bordas Demoulin* (Madrid, 1905).

de actualidad, una vez más, y con su opinión se hallaban comprometidos otros autores, como Eduardo Rute, Juan Valera, Luis Vidart y el propio Sanz del Río. Ya muerto éste, Campoamor invitó a Martín Mateos a escribir un libro sobre «La crítica de Krause», que parece no llegó a realizar, al no tener más información del filósofo alemán que los libros de Sanz del Río.⁹

Desde Valladolid Laverde solicitó del filósofo krausista, en 1857, su opinión sobre la creación de una Revista de Filosofía por la que estaba muy interesado. En su contestación éste le disuade y le hace ver la poca permanencia de algunas publicadas anteriormente, debido a los costos y a que una revista debía ser «obra común de los profesores». En este sentido, le explica cómo el año anterior intentó un caso análogo y, a pesar de contar con el apoyo del Ministerio y del «patronato moral de la Universidad», renunció al proyecto tras cuatro meses de brega.¹⁰ Don Julián veía con pesimismo el impulso y desarrollo que se debía dar a la Filosofía en España ya que le parecía que el gobierno no pensaba promover en la nueva Ley estudios filosóficos ni crear cátedras superiores de dicha disciplina.¹¹ Sin embargo, en su *Diario* anotó al año siguiente el proyecto de fundar una Revista mensual con Castelar, Canalejas y otros discípulos suyos (p. 243).

Todavía insistió Laverde en este propósito de la creación de una Revista en una carta dirigida a Francisco M. Tubino (12-XI-1866, BMP) y, más tarde, al publicar en 1868 su libro, formado por una selección de artículos, titulado *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública españolas*, en el que menciona a un conjunto de personas destacadas en la ciencia española, tal como lo había hecho anteriormente Luis Vidart. En el capítulo «El plan de estudios y la historia

⁹ Carta inédita de N. Martín Mateos a Gumersindo Laverde (24-VI-1870). Archivo BMP.

¹⁰ Carta inédita de Sanz del Río de 1857. BMP.

¹¹ Carta inédita del 7 de septiembre de 1857, diferente de la anterior, BMP.

intelectual de España», hace una relación y valoración de nuestros filósofos, teólogos, matemáticos, físicos y cosmógrafos.

Cuando Vidart preparaba su libro, Laverde le envió datos sobre el pasado y presente de la ciencia nacional y le ofreció abundantes referencias bibliográficas sobre la Filosofía española (Carta 8-IV-1866, BMP), que no aceptó, en este último caso, alegando estar ya en tratos para la impresión del libro y no querer extenderse en el número de páginas, ya que lo editaba por su cuenta. Sin embargo, sí le pidió a don Gumersindo reiteradamente un prólogo, introducción histórica o juicio crítico para poner al frente, pero éste se disculpó y le propuso que se lo hiciera Juan Valera. Al fin, se limitó a escribir un extenso artículo sobre la obra, que publicó en 1867 en *La Abeja Montañesa*, lo que le sirvió para exponer sus opiniones y completar las lagunas existentes de los autores españoles citados en ella.¹² En el artículo dice del libro de su compañero, con excesiva ponderación, que es «una verdadera historia de la filosofía española» (p. 330).

En la Biblioteca de MP se conservan algunos diccionarios y repertorios bibliográficos que parece seguro utilizó a la hora de publicar el tercer tomo de *La ciencia española*, con la relación de autores destacados en ciencias y humanidades, como son los de Nicolás Antonio (1672-1696), Santos Díez González (1786), Braulio Antón Ramírez (1865) o José Almirante (1876).¹³

Un antecedente de la polémica menéndezpelayina tuvo lugar en la revista *El Censor* en 1786 con motivo de la pregunta

¹² «La Filosofía española. Indicaciones bibliográficas, por Luis Vidart...», en G. Laverde, o. c., pp. 328-392. El ejemplar de la Biblioteca está anotado y subrayado por MP.

¹³ Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova sive Hispanorum Scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV floruerunt Noticia* (Matriti: P. de Ibarra, 1783) 2 tomos; Santos Díez González, *Tabla o breve relación apologética del mérito de los españoles en las ciencias, las artes y todos los demás objetos dignos de una nación sabia y culta* (Madrid: Blas Román, 1786); Braulio Antón Ramírez, *Diccionario de Bibliografía Agronómica... seguido de un Índice de autores y traductores* (Madrid: Rivadeneyra, 1865) y José Almirante, *Bibliografía militar de España* (Madrid: Tello, 1876).

formulada por Masson de Morvilliers: ¿Qué se debe a España? Pero es menos conocida la que sostuvieron en esta revista (*El Censor*, Discurso CXIII) los abogados Luis García del Cañuelo y Luis Marcelino Pereira por una parte, en la que mantenían, sin figurar sus nombres, la pobre aportación española y que era un disparate pensar que habíamos tenido tantos y tan excelentes teólogos, críticos, políticos, economistas, etc., «como en todas o en cada una de las demás naciones de Europa» (pp. 844-845).¹⁴ Opinaban que la decadencia española se hizo patente a finales del siglo XVII y a partir de entonces las otras naciones se enriquecieron a costa de nuestra debilidad, como ocurrió, por ejemplo, con la explotación de la raza merina, la minería, el aceite y otros productos. Contestó a este Discurso de *El Censor*, Patricio Redondo, pseudónimo del presbítero y censorador de comedias Santos Díez González, con otro artículo («Carta al corresponsal del Censor sobre el Discurso CXIII», pp. 1-61) en el que recusaba cada una de las proposiciones de los autores. La polémica continuó y, de manera anónima, la citada revista (Discurso CXIX, pp. 965-980) replicó a Redondo en forma de carta en un tono irónico y de chanza. Volvió *El Censor*, una vez más, a tratar el tema en el Discurso CXX («Carta al corresponsal del Censor», pp. 981-999). En este último se lamenta el autor de «que pudiendo ser sabios, y más sabios que los pueblos más sabios, seamos no obstante más ignorantes que ellos; que pudiendo ser más ricos, seamos más pobres; que pudiendo ser más poderosos, seamos más débiles» (p. 985). Nuevamente replicó con «Extracto de un Discurso de D. Patricio Redondo, sobre El Censor núm. CXX cuyo lema infernal es su voz» (1786, pp. 1-8), donde se queja del tono empleado por el periódico y las acusaciones calumniosas dirigidas contra su persona. La polémica, aunque fue dura y mantenida entre ilustrados afrancesados y figuras del clero como Santos Díez o el P. Parra, no tuvo la importancia y la altura de la sostenida por Menéndez Pelayo. De manera anóni-

¹⁴ Los textos de la polémica están en un volumen encuadernado en la BMP con el título *Papeles varios* y las signaturas 7379 y 7384.

ma siguió la discusión con el Discurso CXXI (pp. 1001-1039), donde el periódico le hace ver a Redondo que no está avergonzado ni arrepentido de las proposiciones defendidas sobre la pobre aportación española a la ciencia europea. Todavía otros dos autores van a intervenir, siempre de una manera anónima: el agustino Pedro Centeno, editor de *El Apologista Universal* (n.º V, pp. 73-102), defendiendo *El Censor*, y el monje benedictino P. Parra con una contrarréplica titulada «Carta gratulatoria de un cliente al Apologista Universal» (pp. I-XXIII). Un último folleto de Patricio Redondo, *Entrada pública del coche de las ciencias en Madrid en cuya relación se hace memoria de diferentes libros nuevos*, puso fin a este curioso debate precursor del que mantendrán en el siglo siguiente hombres eruditos como Menéndez Pelayo, Revilla o Perojo. El polígrafo santanderino no aludió a ella, a pesar de que tenía coleccionados los diferentes debates de la discusión.¹⁵

Pues bien, tras una correspondencia y trato afable, la amistad entre Laverde y Sanz del Río parecía sincera al estar ambos interesados, como dice Marta Campomar,¹⁶ en el mismo proyecto de renovar la filosofía de su tiempo y reestructurar la ciencia y la educación en España, aunque utilizaran para ello trayectorias diferentes. En una de sus cartas a Sanz del Río, le decía Laverde: «Leo con mucho gusto sus artículos filosóficos en *La Revista* y no dejaré de manifestarle con franqueza mis dificultades, siquiera sean de poca importancia. ¡Feliz yo si pudiera consagrar a tales estudios todas mis horas! Pero, qué quiere V., no a todos nos es dado seguir nuestra vocación. Daría cualquier cosa por leer en compañía de V. las grandes obras de los Filósofos y analizarlas bajo su direc-

¹⁵ MP se refiere en los *Heterodoxos*, V, p. 312, a *El Censor* y a Cañuelo, cuyas ideas considera impías y antiespañolas, pero no recogió esta polémica en *La Ciencia Española*.

¹⁶ Marta M. Campomar, «Menéndez Pelayo y los problemas del intelectual católico de la Restauración», en *Menéndez Pelayo, hacia una nueva imagen* (Santander: Soc. Menéndez Pelayo, 1983) 82.

ción! ». ¹⁷ Nada hubiera hecho pensar entonces en un cambio de actitud de este hombre que, ya muerto Sanz del Río, incita a Menéndez Pelayo a combatir a los que llama «endiablados krausistas» (E, 13-X-1876), especialmente al que había considerado primero su amigo y maestro. Ello no es extraño si tenemos en cuenta la diferencia de carácter de ambos personajes y el daño que Laverde hizo, incluso, al propio MP, sugiriéndole la polémica y la inclusión en los *Heterodoxos* de personas contemporáneas que habían ya muerto y con las que discrepaba en el aspecto religioso. ¹⁸ Hombre culto, erudito, extraordinario lector y con tiempo para la indagación bibliográfica, estaba constitucionalmente, pese a su enfermedad, mejor dotado que Sanz del Río, si bien lo que éste tenía de débil, modesto y sociable era en Laverde oportunismo y pobreza afectiva. Juan Valera le define, espiritualmente, como fervoroso y sincero católico, algo ecléctico en filosofía y conservador en literatura ¹⁹ y Menéndez Pelayo, en su carta al director de *La España*, con motivo de la polémica de la ciencia española, alude a Laverde en términos exagerados en cuanto a sus dotes intelectuales y humanas (CE, II, p. 68). Tanto Valera como Vidart destacaron su celo y perseverancia en rescatar nuestro pasado filosófico y científico. Aparte del deseo de reconocer nuestra aportación al acervo cultural y científico de Europa, existía en él un rechazo a la importación de corrientes filosóficas extranjeras consideradas heterodoxas, como era el caso del krausismo.

Sanz del Río era 21 años mayor que Laverde. Desde niño mostró un carácter piadoso, que reconoce el propio Menéndez Pelayo. Este sentimiento le acompañará toda la vida, aunque después sufre una mutación originada fundamentalmente por

¹⁷ Carta de Laverde sin fecha, en *Sanz del Río, Documentos, Diarios y Epistolario*, Introducción de Pablo de Azcárate (Madrid: Tecnos, 1969) 375.

¹⁸ Benito Madariaga, «La figura contradictoria de Gumersindo Laverde», *Librería*, n.º 31, Santander (1987) 15-22.

¹⁹ Prólogo de Juan Valera al libro de G. Laverde, o. c., p. XX.

el conocimiento de la filosofía de Krause y la condena de sus traducciones del filósofo alemán. En 1857 le escribía a Laverde: «(...) para ser filósofo hoy y para hacer algún bien como tal, es menester ser muy *religioso*, de la manera que es digna del hombre, y la única verdadera».²⁰ La vida de Sanz del Río fue breve, austera y llena de contrariedades. Incluso careció de buena salud. Quizá sus años más felices fueron los de su niñez, los pasados en Alemania y los primeros de su matrimonio, contraído en 1856. Es entonces un hombre con entusiasmo, reflexivo, trabajador, minucioso y con grandes proyectos. La nota predominante de su carácter es la gran capacidad de sociabilidad. Pero en los años posteriores cambia su vida por desgracias familiares, como el que nazca muerto su único hijo en 1857, y a causa de los ataques a sus escritos y explicaciones, influyendo necesariamente en su estado de ánimo, lo que se advierte hasta en la variación de la letra.

En agosto de 1858 pronuncia el discurso inaugural en la Universidad, cuyo contenido le acarrea los ataques del grupo neocatólico representado por el catedrático integrista Juan Manuel Ortí y Lara. Las acusaciones contra él disgustan profundamente a este hombre tímido, débil, que no tiene fuerza ni vigor instintivos, aunque sigue siendo una persona modesta, constante y generosa, pero incapaz, en esos momentos, de un trabajo intelectual continuado.²¹

Su lección inaugural del curso académico 1857-58 en la Universidad Central todavía no estaba acabado el 7 de septiembre de 1857 en que, al respecto, le dice a Laverde «que tiene algo de oficial» y que necesita consultar para su elaboración la nueva Ley de Instrucción Pública.²² Un ejemplar figura en la Biblioteca de don Marcelino, quien alude en los *Heterodoxos*

²⁰ Carta citada en la nota 18.

²¹ El estudio grafológico de Sanz del Río ofrece el mayor interés, debido, como ya ha apuntado el profesor Ureña, a las variaciones de su caligrafía. *El Basilisco*, n.º 12 (1992), nota 122.

²² Carta inédita de Sanz del Río del 7 de septiembre de 1857, BMP.

a «la dulzura cautelosa y persuasiva» de este discurso «tan capciosamente preparado» (HH, VI, 374). En 1858 su mujer, Manuela Jiménez, contrae una gravísima enfermedad y él mismo se siente muy mal y le es imposible escribir más de media docena de líneas a Laverde: «Continúo al cabo de diez días de interrupción en los que mi enfermedad se ha agravado».²³

En otra carta a Laverde de 1858 le manifiesta el afecto que siente hacia su compañero Martín Mateos, al ponerse de su parte en la polémica sustentada contra su Discurso por el diario carlista *La Esperanza*. En ella hace referencia a las lecciones sobre filosofía que imparte a algunos discípulos los domingos y, aunque reconoce que son pocos y las da en contadas ocasiones, dice que adelanta en la enseñanza con paso seguro, aunque lento.²⁴ Sin embargo, en las que ofrece al año siguiente en la Universidad, sólo tiene siete alumnos de los que «no asiste de hecho ninguno». En esta carta le comenta: «Yo también he hecho algo semejante al trabajo del Sr. Mateos (Sistema de la Filosofía analítica: 24 lecciones = Sistema de la Filosofía sintética: 12 lecciones); después de un principio desgraciado de publicación, en que yo me censuré a mi mismo, no está dormido entre los Mss., y cuando vuelva a poner la mano en él, podrá ser algún tanto útil [,] verdad es que en mi espíritu no lo pierdo de vista, y hago recientemente la comparación entre las ideas reinantes entre nosotros y las del libro, lo cual da ocasión frecuente a precisar ideas, a ampliaciones, notas y demás. El pensamiento fundamental es el de Krause; la composición y exposición la voy haciendo mía y acomodada a mi pueblo sucesivamente. A su tiempo madurará el fruto si Dios nos da vida y buen ánimo».²⁵ En febrero de ese año muere su mujer. Cuando en el verano acude al balneario de Liérganes, en la provincia de Santander, está roto y acobardado. Aquí pasa 23 días con objeto de poner remedio a sus trastornos

²³ Carta inédita de Sanz del Río del 17 de abril de 1858, BMP.

²⁴ Carta inédita sin indicar el mes de 1858, diferente a la anterior, BMP.

²⁵ *Ibidem*.

neurovegetativos y reumáticos que se manifestaban con ansiedad, insomnio, dificultades digestivas y dolores articulares. En su *Diario* anota: «Debilidad sensible en el sistema nervioso que me impide un trabajo seguido. Humor triste e impaciente a veces» (p. 253). Las crisis de melancolía, como se sabe, fueron en él ya frecuentes cuando residía en Alemania y bajo sus efectos escribe la introducción y comentarios al libro de Krause, *Ideal de la Humanidad para la vida*, que aparece en 1860. Recientemente, Enrique Martínez Ureña ha demostrado que la versión la tenía terminada en 1851 y tal como se publicó no es «una acomodación original a España» de la obra alemana (*Urbild der Menschheit*) sino que «el texto principal del *Ideal* constituye una traducción de dos cosas publicadas por Krause en el *Tagblatt*: un artículo corto («Menschheitbund»), y un tratado más largo («Entfaltung»...) que Krause iba publicando por entregas y cuya publicación quedó truncada al suspenderse la revista».²⁶ En el prólogo Sanz del Río no indica de una manera clara su auténtica contribución original, como señala Ureña. Por un lado dice que leyendo atentamente el *Ideal* de Krause «escribía yo al paso, y sobre lo más importante de aquélla algunos resúmenes y consideraciones que, nacidas a la vez del sentido del autor y de mi propio modo de pensar concertaban a mi parecer con el carácter y necesidades morales de mi pueblo». En el mejor de los casos podrían entenderse, de este modo, tanto la mayoría de las notas del libro y su criterio de selección de los textos, que eso sí es suyo, como, posiblemente, la introducción, de la que sospecha también Ureña que pudiera ser una traducción. Más adelante sigue diciendo que ha «ordenado después y completado aquel estudio si completo puede llamarse». De nuevo siembra la confusión, ya que aclara a me-

²⁶ Enrique M. Ureña, «Más sobre el fraude de Sanz del Río: las dos versiones del *Ideal de la Humanidad* (1851, 1860) y su original alemán, *El Basilisco*, n.º 12 (1992) 91. Ver, igualmente, Enrique M. Ureña, José Luis Fernández Fernández y Johannes Seidel, «*El Ideal de la Humanidad*» de Sanz del Río y su original alemán. *Textos comparados con una introducción* (Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1992).

días lo de completo, diciendo que «se limita a exponer sin el enlace ni la deducción interna científica algunas leyes fundamentales de la vida». ¿Se refiere a la inclusión en el libro de los dos textos de la citada revista de Krause sin un análisis de los mismos? Añade luego que esas leyes de la vida aproximadas a los hechos históricos pudieran tener algún valor «aun sin razonar sistemáticamente estas leyes». Finalmente, continúa con la misma ambigüedad: «Está fuera de nuestra intención, dirigida hoy más a edificar que a discutir, el traer a detenido examen los principios que fueron base de aquellos ensayos» (p. XII). Oculta, pues, las fuentes de donde procedían los dos textos del libro y no concuerda su contenido con el título del mismo, al no ser ni una traducción ni una acomodación del citado *Ideal de la Humanidad* de Krause. Tal vez, siguiendo la argumentación de Ureña, la traducción del filósofo krausista, por su contenido, pudiera mejor haberse titulado *Alianza de la Humanidad*. Donde Sanz del Río no dice la verdad es en la carta dirigida a Francisco de Paula Canalejas, en la que afirma: «la exposición es mía, y no hay original alemán ni no alemán de donde se haya traducido».²⁷

El descubrimiento de tal ocultación resulta interesante y esclarecedor para futuras interpretaciones del krausismo, como opina el ya citado autor, y ello no invalida la importancia que va a tener la traducción de Sanz del Río como difusora de este movimiento filosófico en España y también por generar personalmente con sus enseñanzas un grupo adicto a esta filosofía que, como es sabido, tuvo una gran trascendencia en el resurgir pedagógico e intelectual de nuestro país. Luis Vidart (p. 215) lo corroboraba en 1866 con estas palabras: «Han contribuido no poco a esta renovación de nuestra historia científica las explicaciones orales del Sr. Sanz del Río en su cátedra de la Universidad de Madrid». Es juicio sustentado también por su discípulo Francisco de Paula Canalejas cuando decía que «la

²⁷ Pablo de Azcárate, o. c., pp. 331-332. Citado por E. M. Ureña, *El Basilisco*, 1992, p. 76.

aparición del *Ideal de la Humanidad* influirá en la conducta política de nuestra juventud».²⁸

Cuando Menéndez Pelayo escribe el capítulo dedicado al krausismo, define al autor del *Ideal* en términos negativos, pero reconoce, al escribir el prólogo a la segunda edición, la «intemperancia de expresión» con que juzgó a algunos autores. En ningún caso apunta las cualidades y posibles contribuciones positivas del filósofo krausista. Así, dice cosas tan poco serias como que se contaba que escribía sin vocales. Es cierto que su grafía es de difícil interpretación y cambiante según los estados de ánimo y que su expresión escrita estaba lejos de los gustos de don Marcelino, que hace esta afirmación: «Peor que Sanz del Río no cabe en lo humano escribir» (p. 386). Con este motivo se extiende en ejemplos de su lenguaje que, indudablemente, resulta a veces abstruso y del que se queja con razón el polígrafo santanderino, que llega a preguntarse: «¿Por dónde ha de ser ese el lenguaje de la filosofía?» (p. 388). También reconoce que no siempre se expresaba así y que, por ejemplo, su citado discurso inaugural de la Universidad estaba escrito «con mejor estilo del que acostumbraba» (p. 374). Aunque la lectura de sus originales resulta siempre dificultosa, Sanz del Río intentó distinguir el lenguaje hablado y vulgar del utilizado y necesario para la expresión científica y filosófica. En este sentido, Leopoldo Alas, con motivo de las cartas de Sanz del Río, publicadas por Revilla, le advierte a Menéndez Pelayo cómo la exposición estaba de acuerdo con lo que debía ser el lenguaje filosófico (E, II, 220). Enrique M. Ureña reconoce también que la traducción que hizo de Krause el filósofo soriano se ajusta con fidelidad «al contenido y al sentido del original».²⁹

²⁸ F. de Paula Canalejas, *Estudios críticos de Filosofía, Política y Literatura* (Madrid, 1872) 149.

²⁹ Ureña, o. c., 92. Cacho Viu dirá que «aunque el lenguaje de Sanz del Río no sea del todo claro sí lo son sus ideas». Ver *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Rialp, 1962) 55.

En sus últimos años, como hemos dicho, las desgracias familiares, su estado de salud precario y las acusaciones de heterodoxia formuladas contra él, le impidieron realizar un trabajo intelectual normal al tener que defenderse de sus enemigos. Así lo hizo primero ante el alegato del obispo de Barcelona, que escribió a la propia Reina, y luego en su correspondencia con el Arzobispo de Granada. A raíz de la campaña promovida por Ortí y Lara en 1857 y continuada por Navarro Villoslada en 1860 en *El Pensamiento Español*, contra su obra y el krausismo, campaña secundada después por otros autores, se ve obligado a puntualizar sus ideas religiosas, protestando de la acusación de heterodoxia mediante las que llama don Marcelino *Cartas vindicatorias*. Pero no olvidemos que los ataques tenían fundamentalmente un sentido religioso y político y que provenían en su mayor parte de los neocatólicos. En una extensa carta escrita en mayo de 1863 a José García y García, confiesa Sanz del Río ser «cristiano y católico» y se ratifica en lo esencial de su enseñanzas formuladas como profesor, que dice no escandalizaron a nadie. Igualmente, le hace saber que no ha formado ninguna escuela filosófica y mucho menos de racionalismo. Esta carta tiene, prácticamente, el mismo contenido de otra litografiada dirigida el 15 de enero de 1864 a Tomás Romero de Castilla y que conoció Menéndez Pelayo por habersele enviado Laverde. En ella niega Sanz del Río la interpretación panteísta de su doctrina y cómo sus enseñanzas no ofendieron al auditorio formado, no sólo por jóvenes, sino también por profesores y hombres influyentes del país que acudían a sus conferencias. Al final de la carta aparece con letra manuscrita, posiblemente de Laverde, una nota que dice: «La anterior epístola es un buen testimonio de la astucia e hipocresía krausista», expresión que repite luego Menéndez Pelayo en su libro de los *Heterodoxos* donde señala que «la hipocresía es lo peor que tiene el krausismo» (HH, VI, p. 374).

Todavía le esperaban dos golpes durísimos a Sanz del Río: la inclusión en 1865 del *Ideal de la Humanidad* en el Índice de Libros Prohibidos, a raíz de las graves acusaciones formu-

ladas ese mismo año en el Congreso, y la separación de su cátedra en 1867, junto con otros profesores por defender la libertad de pensamiento. Sanz del Río se lo explicaba así a Th. Schliephake y Leonhardi: «Lo que usted, querido Leonhardi, pregunta acerca de si he intercalado quizás en el Ideal algo que sea incompatible con el catolicismo romano, le digo que en absoluto (como usted mismo puede juzgar por los trozos del libro sobre la religión que quizás tenga ya Röder. El libro mismo ni se ha leído ni se ha condenado propiamente en Roma, sino aquí en España debido a algunos malos influjos sobre el *Nuncio* con el objeto de asestar este golpe decisivo contra la filosofía. Todo el asunto, resumiendo brevemente, se apoya en la idea fundamental siguiente: en España no se debe pensar, sino solo creer sin pensar».³⁰

Con motivo de la depuración, el claustro de la Universidad de Heidelberg le envió un escrito de adhesión, con la firma de 65 profesores, publicado más tarde en el Boletín-Revista de la Universidad de Madrid, en el número 5 de marzo de 1869, documento al que no se refiere Menéndez Pelayo. Siete meses después moría fuera del seno de la Iglesia católica de la que se apartó en 1866, según Vicente de La Fuente, que sugiere su posible vinculación masónica.³¹ Fue enterrado en el cementerio civil de Madrid.³² En la nota necrológica aparecida en la *Revista España*, el autor firmante de la misma, bajo las siglas L. de R., decía entre otras cosas: «Los que res-

³⁰ *Cincuenta cartas inéditas...*, p. 206. Para el aspecto religioso de la condena ver de Miguel Castillejo Gorraiz, *El fundador del krausismo. Etapa andaluza* (Córdoba, 1980) 253 y ss.

³¹ Vicente de la Fuente, *Historia de las Sociedades Secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la Franc-Masonería*. Apéndices (Lugo, 1871) 250. En la carta de Laverde a Menéndez Pelayo del 18-XII-1875 le adjunta el plan para el capítulo de los *Heterodoxos* contra Fernando de Castro y le dice malévolamente respecto a la supuesta masonería de Sanz del Río: «D. V. de la Fuente en su *Hist.^a de las Sociedades secretas en España* dice algo curioso acerca de Sanz del Río». Con buen sentido MP no tocó en sus ataques este punto.

³² *Ibidem*, p. 863. Sobre la supuesta masonería de Sanz del Río puede verse lo que dice Vicente Cacho Viu, o. c., n. 99 de la p. 218.

petamos profundamente la libertad de conciencia, los que fiamos a la gracia y a la fuerza de la convicción el arraigo de nuestras creencias religiosas y su pacífica propagación, podremos sentir el alejamiento de la Iglesia pero no podemos desconocer el mérito de su saber y el valor de su virtud».³³

La crítica a los discípulos de Sanz del Río

Los juicios y retratos que hace Menéndez Pelayo de otros krausistas, como Fernando de Castro, Nicolás Salmerón, Francisco Giner de los Ríos, Emilio Castelar, Tomás Tapia, Gumerindo de Azcárate, etc., pecan del mismo defecto de parcialidad.

Salmerón no sale tampoco mejor parado en los *Heterodoxos* al señalar don Marcelino el lenguaje entonces insufrible y abstruso de sus explicaciones en clase. Resulta extraño que junto a estos defectos, verdaderos en aquel momento debido a la influencia krausista, no viera en su antiguo maestro ninguna de las virtudes que le reconocieron sus contemporáneos, como fueron los valores éticos y la talla cultural y política que le llevó a la presidencia de la República, abandonada voluntariamente por no querer refrendar dos penas de muerte.³⁴ Mientras el escritor santanderino no soportaba aquellas clases, que dice recordar con terror, «como quien ha salido de un profundísimo sepulcro», un hombre tan equilibrado e inteligente como Manuel Bartolomé Cossío, alumno de Salmerón en 1885, repitió la asistencia a clase como oyente en 1887 y 1888. También fue profesor de Metafísica de Francisco Navarro Ledesma, que cuenta cómo su oratoria en clase subyugaba a los alumnos.³⁵ Sánchez Reyes, en su biografía de Menén-

³³ L. de R., «Don Julián Sanz del Río», *Revista de España* (1869), t. X, n.º 40, pp., 618-620.

³⁴ *Diario de las Sesiones de Cortes*, Congreso de los Diputados. Sesión del lunes 12 de octubre de 1908, pp. 3-8.

³⁵ Carmen de Zulueta, *Navarro Ledesma, el hombre y su tiempo* (Madrid: Alfaguara, 1968) 30

dez Pelayo, supone que hubo una mutua animadversión entre ellos.³⁶ Después, en 1887, ambos firmaron, en compañía de Francisco Sánchez de Castro, el informe sobre Reformas Universitarias redactado por don Marcelino, aunque aprobado por los tres, y vuelto, uno nuevo, a suscribir por los dos primeros en 1892. En este escrito, entre otras cosas, se solicitaba la independencia de la indagación científica y la libertad de acción del profesorado, dos antiguas reivindicaciones por las que habían luchado los krausistas con la pérdida de sus cátedras.

La verdad es que ambos se ignoraron y de Salmerón sólo se conservan en la Biblioteca de don Marcelino cuatro cartas de mero trámite y el discurso leído ante el claustro de la Universidad Central en 1864 para recibir la investidura de doctor, trabajo que le regaló Laverde.³⁷

No ocurrió así con Castelar que, a pesar de ser el único en responder con una dura crítica a los *Heterodoxos*,³⁸ en la que aludía a la intolerancia y «ciego ultramontanismo de Menéndez Pelayo», hizo luego con él las paces y parece que se le olvidaron pronto las ofensas, ya que casi toda su correspondencia con don Marcelino fue después para solicitarle recomendaciones. Entre la media docena de obras de don Emilio existentes en la Biblioteca del santanderino figuran: *Lucano, su vida, su genio, su poema* (1857), *Discursos políticos y literarios* (1861), *Vida de Lord Byron* (1873) y *Discurso de recepción en la Real Academia Española* (1880).

³⁶ *Biografía de Menéndez Pelayo* (Santander: CSIC, 1974) 95.

³⁷ Nicolás Salmerón y Alonso, *Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central en el solemne acto de recibir la investidura de doctor en Filosofía y Letras* (Madrid, 1864). Sobre el juicio de MP acerca de la tesis doctoral de Salmerón ver el artículo de André Baron en BBMP (1972) 3-141.

³⁸ Emilio Castelar, «Historia de los heterodoxos españoles por el Dr. Marcelino Menéndez Pelayo», *El Día*, Madrid, 21 de marzo de 1882, pp. 1-3. Reproducido parcialmente en *Retratos históricos*, Madrid, 1884, pp. 105-142. Este libro lleva la siguiente dedicatoria en el ejemplar de la Biblioteca: «A su ilustre y sabio amigo D. Marcelino Menéndez Pelayo en prueba de su amistad y de su admiración por él y por su saber».

A Francisco Giner, si bien le considera don Marcelino honradísimo como persona, le trata en el libro como un furibundo propagandista del krausismo y le llama «sectario convencido y de buena fe». Reconoce su preparación pedagógica y cita algunas de sus obras, de las que únicamente existen cuatro en los ficheros de la Biblioteca: *Lecciones de Psicología explicadas en la escuela de Institutrices de Madrid* (1874), *Estudios de Literatura y Arte* (1876), *Lecciones sumarias de Psicología*, en colaboración (1877) y *Prolegómenos del Derecho*. Al referirse años más tarde a Krause en la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, vuelve a rechazar al filósofo alemán, «sus extravagantes libros» y a sus discípulos, especialmente a Giner, traductor de *Compendio de Estética*, dedicando demasiado espacio a un libro que dice ser tan malo.

Una sola carta recibió de Giner y fue de renuncia a una propuesta de don Marcelino para que participara con una conferencia en el Ateneo de Madrid. Posteriormente siguieron distanciados y no modificaron la situación las constantes referencias positivas de muchas personas que le llegaban al crítico santanderino sobre el fundador de la Institución Libre, como fue el caso de Clarín (E, IX, 137).

Santoveña Setién ha estudiado la disparidad de los proyectos culturales de Menéndez Pelayo y de los institucionistas, que partían del modo de la enseñanza de la religión en la escuela, de la población a la que iba dirigida y de las diferentes maneras de conseguirla. «Todas estas diferencias entre ambos programas motivaron que los institucionistas —escribe— no vieses a Menéndez Pelayo tanto como el autor de un proyecto alternativo al suyo, sino como un católico intransigente que, además de defender la intolerancia de siglos pasados, aspiraba a reestablecerla en la España decimonónica».³⁹

Por esta razón ambos personajes sólo conservaron entre sí las elementales reglas de educación cuando coincidieron,

³⁹ Antonio Santoveña Setién, *Marcelino Menéndez Pelayo, Revisión crítico-biográfica de un pensador católico* (Santander: Univ. de Cantabria / Asamblea Regional, 1994) 172-73.

como ocurrió, por ejemplo, en el verano de 1890 en que se saludaron en el Sardinero de Santander. Sin embargo, Giner, aun reconociendo la valía de su colega, no le perdonó algunas de sus intervenciones polémicas y las páginas destempladas dedicadas a los krausistas.

Parecida fue la relación entre Menéndez Pelayo y Joaquín Costa, contrincantes los dos en el Premio extraordinario del doctorado en Filosofía y Letras, que se falló injustamente en contra de éste⁴⁰ y motivó una protesta escrita, que no fue atendida. Cada uno sabía la categoría intelectual del otro y se admiraban mutuamente, aunque nunca fueron amigos. Lo más que hubo fue un trato ocasional. Existe una carta de Costa en la que le solicita que le complete la bibliografía para su libro *Colectivismo agrario en España*. Leyó de él don Marcelino las partes primera y segunda del citado libro, así como *Estudios Ibéricos, Estudios jurídicos y políticos, Colectivismo, comunismo y socialismo en Derecho positivo español, Organización política, civil y religiosa de los celtíberos*, entre otras obras suyas que se conservan en su Biblioteca.

Gumersindo de Azcárate, que ocupa segundo lugar en el inventario numérico de publicaciones existentes en la Biblioteca del erudito cántabro, coincidió con éste en la junta del Ateneo de Madrid en 1893. Fue aludido, como se sabe, en la polémica de *La Ciencia española*, lo que le obligó a escribir a Laverde y aparece también en los *Heterodoxos*. La relación entre ellos fue igualmente de mero trámite.

Quizá el peor tratado, por ser clérigo, fue Fernando de Castro, hombre profundamente religioso, aunque terminara apartado de la Iglesia. Las palabras durísimas empleadas por don Marcelino, tantas veces citadas, cuando escribe: «poco importa que fuera más o menos áspero el sendero que eligió para bajar a los infiernos», le parecieron excesivas al propio Laverde, instigador de aquellas páginas, que le dice al leer el libro: «Ahora debo añadirte que me suena mal y me parece

⁴⁰ George J. G. Cheyne, *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época* (Huesca: Inst. de Estudios Altoaragoneses, 1992, pp. 15-27).

poco ortodoxo aquello de *irse a los infiernos* a Fernández (sic) de Castro» (E, V, 421).

Así don Marcelino va incluyendo nombres de profesores, escritores e intelectuales krausistas o simpatizantes, que, a su juicio, fueron profesos de heterodoxia. En su última edición corrigió opiniones, pero, curiosamente, aunque dice no moverle un sentimiento hostil hacia las personas, no modificó en la segunda edición de los *Heterodoxos* lo escrito sobre los krauso-institucionistas, que tanto daño hicieron al utilizarse como testimonio acusatorio, incluso muchos años después.⁴¹

La excepción de Linares y Altamira

Hay una excepción en el trato que mantuvo con dos institucionistas y es el caso de su paisano Augusto González de Linares y de Rafael Altamira, en cierto modo discípulo suyo. Con el primero habló muchas veces cuando en sus paseos hasta el Sardinero visitaba la Estación de Biología Marítima, fundada por el naturalista de Cabuérniga. Menéndez Pelayo le tenía por un auténtico hombre de ciencia, aunque no conservó libros suyos, y reconocía sus grandes cualidades humanas y de investigador. Así se lo hizo saber a Cánovas cuando en 1891 le escribe recomendando la continuidad de la Estación y a su director: «Trátase de un establecimiento único hasta ahora en su género en España, y el primero que desde hace muchos años se ha fundado aquí para el estudio experimental de las ciencias naturales» (E, XII, 561). Y en otra carta, a los pocos días, le dice: «Al frente de este laboratorio está un profesor

⁴¹ Los juicios vertidos en el libro contra los krausistas y la Institución Libre, así como sobre ciertos personajes que incluye como heterodoxos, injustamente, tal es el caso de Pérez Galdós, fueron motivo de graves acusaciones que llegaron hasta después de la guerra civil. Ver a título de ejemplo el tendencioso libro *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza* (San Sebastián: Editora Española, 1940). Respecto a las acusaciones a Galdós ver nuestro libro *Galdós en la hoguera* (Santander: Biblioteca San Quintín n.º 1, 1994).

de gran mérito, mi amigo Augusto G. de Linares, que es o ha sido krausista y catedrático de la Institución Libre, pero que ante todo y sobre todo es *naturalista* y ama la ciencia desinteresadamente y por sí misma, sin lo cual yo no le recomendaría» (E, XI, 116-7). Una vez más volvió a intervenir ante el Director General de Instrucción Pública, Eduardo de Hinojosa, para que rogara al Ministro apoyara la persistencia del centro evitando que fuera suprimida la Estación biológica que regentaba González de Linares. Así, gracias a sus gestiones, continuó ejerciendo sus funciones este laboratorio dedicado al estudio de la fauna y flora marinas, al que el gobierno conservador había mermado el presupuesto económico del Estado desde 20.000 pts. en los años 1887-88, a 9.600 pts. de 1895 a 1899.⁴²

Rafael Altamira fue el institucionista más próximo a Menéndez Pelayo. Tal vez porque supo ver en éste más al sabio erudito que al enemigo de su pensamiento institucionista. La amistad entre ellos fue sincera y afectuosa. Don Marcelino no dudó en darle su voto en las oposiciones a cátedra, que obtuvo por mayoría gracias a él. La relación, al menos epistolar, comenzó en 1890 y tuvo lugar con motivo de la petición que le hace Altamira para que figure su nombre, con otros componentes de diferente adscripción política, en un comité de inspección en caso de crearse en Madrid un internado universitario al estilo tutorial inglés. En esta primera carta le dice: «Creo no equivocarme al pensar que, por encima de diferencias de opinión entre Vd. y yo, el interés general por el adelantamiento de la enseñanza, y más que eso, por toda empresa que tienda a la educación de nuestro pueblo, es perfectamente común a uno y a otro» (E, X, 380-81). MP le contestó opinando que el catedrático no debe tomar parte en la enseñanza privada, por lo que creía que debía mantenerse al mar-

⁴² Ver Benito Madariaga, *Augusto González de Linares y el estudio del mar* (Santander, 1972); *Augusto González de Linares* (Santander: Aula de Cultura Científica, 1984), y *De la Estación de Biología Marina al Laboratorio Oceanográfico de Santander* (Santander, 1986).

gen de toda cooperación. A partir de entonces le envía Altamira sus trabajos. Otras veces, le escribe para hacerle consultas («V. que lo sabe todo»), como cuando le pide que le revise la bibliografía preparada para su libro *Enseñanza de la Historia* (1895). Por su parte, MP admiraba en el profesor alicantino la erudición y las dotes investigadoras. Fue éste uno de los contados institucionistas que escribió una semblanza laudatoria del santanderino, dedicándole, en *Cosas del día*, una de las crónicas, donde señala sus amplios conocimientos y el hecho de apreciar «la poesía de la historia». «Menéndez Pelayo —escribe— es un intelectual, no porque se dedique a trabajos de esa índole ni porque su habitual comercio sea el de los libros, sino porque lo que en la vida le interesa principalmente, es la manifestación intelectual».⁴³ Lo expresa también en las dedicatorias de los libros que le envía («Su amigo que le quiere», «su amigo y admirador», «su admirador y agradecido amigo», etc). Sin embargo, en 1898 se origina entre ellos una situación conflictiva al solicitarle MP el voto para el cargo de senador por Oviedo. En carta del 15 de marzo Altamira le da su opinión sobre la situación de la candidatura y el 5 de abril le informa, clara y sinceramente, que no le votará y que no ha tenido más remedio que ponerse al lado de los suyos, lo cual espera que no modifique la relación personal entre ambos (E, XIV, 375). Lo que luego sucedió es bien conocido. Los institucionistas de Oviedo presentaron a Juan Uña como candidato propio. La postura era lógica, pero don Marcelino debió de creer que su elección no tendría dificultades, cosa que no ocurrió así y no hubiera ganado de no ser por la intervención de Clarín, al que luego se quejó en carta por la supuesta «conspiración institucionista». La verdad es que era él mismo el que había abandonado sus obligaciones de senador por Oviedo como para que hubiera descontento por su inoperancia.

Este suceso volvió a reavivar su sentimiento antikrausista.

⁴³ Rafael Altamira, «Un apunte sobre Menéndez Pelayo», en *Cosas del día (Críticas de Literatura y Arte)* (Valencia, s. a.), p. 102.

Así escribe a Clarín: «Pero ni esto (se refiere a su descuido en los preparativos de la elección) ni la negligencia con que antes hubiera desempeñado el cargo de senador basta para justificar la sigilosa conjuración que contra mí armaron los Krausistas de esa Universidad, instigados, según creo, por Salmerón, Giner y la *Institución Libre*.

«Demasiado sé lo que entre ellos puede el espíritu de secta y por lo mismo que yo sin profesar dogmáticamente la tolerancia la practico mucho mejor que ellos, y procuro siempre hacerme cargo de diversos móviles que guían en sus acciones a las gentes no les guardo rencor por lo sucedido, y sólo me quejo de la cautela con que procedían hasta última hora, con objeto de ganar la votación por sorpresa. En su derecho estaban no votándome, pero debieron decirlo con tiempo. Demasiado sé que los krausistas son unos fanáticos, y que a la menor indicación de Giner obedecen como autómatas» (E, XIV, 6).

El razonamiento no era lógico y los institucionistas (no los krausistas como él los sigue llamando) le votaron en 1893, pero ya no volvieron a hacerlo por haber descuidado sus deberes como senador. Por otro lado, no tenían por qué comunicarle su decisión y era previsible que no le votarían. Ello motivó el distanciamiento posterior entre Menéndez Pelayo y Altamira, que duró hasta 1904 en que éste, en una carta, alude a «nuestra amistad renovada». En mayo del mismo año don Marcelino contesta una petición de su amigo y se refiere así a la pasada situación de tirantez: «Como usted habrá comprendido perfectamente por lo que le escribió Hinojosa, no queda en mi ánimo el menor resentimiento ni el recuerdo siquiera del pequeño disgusto que entre nosotros pudo mediar hace algunos años por causa ciertamente fútil y buena para olvidada. Y volvemos a estar unidos en la misma franca amistad y en el cultivo de los mismos estudios, y me alegraré de que usted se congratule tanto de esto como me congratulo yo». Y le añade: «Durante el tiempo de desabrida incomunicación en que hemos vivido, no he dejado de seguir con grande interés el curso de todas las publicaciones de Vd. y especialmente del Manual de Historia de España, que tengo por la mejor obra de su clase

publicada hasta ahora, y espero ver terminada pronto» (E, XVII, 300-1).

Estas palabras sinceras y generosas acabaron con aquella desagradable situación. Altamira prometió visitar a su maestro y sabemos que desembarcó en Santander el 31 de marzo de 1910 de su viajes por varias repúblicas americanas. MP no estaba entonces allí, pero se adhirió al cálido homenaje que le brindaron las autoridades de varias provincias que acudieron a recibirle.⁴⁴

Por su parte, Urbano González Serrano distinguía en MP dos épocas: una primera de polémicas apasionadas «rayanas en lo injusto» y una segunda, en que, alejado de ellas, se dedica exclusivamente al estudio y publica *Historia de las ideas estéticas*: «de polo a polo van unas y otras producciones y en tan largo espacio rellenas están de un espíritu de investigación, pormenor y detalle, propios de un *studiosus* avaro».⁴⁵

En definitiva, MP estuvo siempre distanciado de los proyectos de los institucionistas, aunque personalmente sintiera simpatía por algunos de ellos y reconociera su valía humana e intelectual, casos de Linares, Costa, Bartolomé Cossío o Altamira. Gracias a éste se incrementaron los números del Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, presentes en la Biblioteca del erudito santanderino, algunos de ellos remitidos cuando ya él había muerto. Los ejemplares (32 en total) contienen artículos de interés por ser de crítica de libros o referentes a temas literarios e históricos.

La opinión que tenía MP sobre el Boletín de la ILE era favorable, aunque la especialidad pedagógica no estuviera entre sus principales atenciones. Así se lo manifiesta a Ernesto Schaefer (E, XVI, 304) cuando le informa sobre las revistas a las que podía enviar su libro acerca de la historia de la Reforma en España. Después de citarle *La Ciudad de Dios*, *Razón y Fe*

⁴⁴ *La Atalaya*, 31 de marzo de 1910, 1 de abril y 3 de abril de 1910 y *El Cantábrico*, 1 de abril de 1910.

⁴⁵ Urbano González Serrano, «Menéndez Pelayo», en *Siluetas*, Biblioteca Mignon (Madrid, 1899) 62.

y *Revista Ibero-Americana de Ciencias Eclesiásticas*, le dice: «En campo muy distinto existe el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, que sale con mucha intermitencia, y aun creo que tiene suspendida su publicación. Es también revista formal».⁴⁶

Su última relación con los institucionistas tuvo lugar al crearse por R. D. del 11 de enero de 1907 la Junta para Ampliación de Estudios, de cuya comisión formó parte, si bien no asistió a la reunión de constitución celebrada el 15 de enero. Una de las funciones de la Junta era el envío y preparación de becarios. Ya Sanz del Río había considerado con anterioridad el proyecto de mandar jóvenes a estudiar al extranjero. Está claro que MP aceptó su nombramiento por compromiso, ya que no se hallaba a gusto en aquella Junta. A poco de haberse creado, le escribe a Rodríguez Marín quejándose de que todavía no se hubiera reunido, aunque pensando que iba a funcionar poco tiempo, le comenta: «La idea es buena; pero el personal no podía ser más abigarrado y sospecho que en el fondo de ello debía de andar la mano de los krausistas de la Institución Libre, que saben como nadie barrer para adentro y hacerse dar comisiones y subvenciones. Pero sospecho que con el cambio político la Junta dejará de funcionar y nadie volverá a acordarse de ella. En este inútil tejer y destejer nos pasamos la vida» (E, XIX, 32).

La idea de esta institución le parecía positiva y únicamente tenía el reparo de algunos de los miembros institucionistas o simpatizantes por lo que apenas asistió a sus reuniones. En los pocos años que le quedaban de vida, pudo comprobar que se había equivocado; la Junta para Ampliación de Estudios funcionó bien e, incluso, creó diversos organismos de investigación dedicados a los estudios científicos o histórico-literarios, como el Centro de Estudios Históricos, puesto en marcha por R. D.

⁴⁶ Debo esta información a don Andrés del Rey, Ayudante de la Biblioteca Menéndez Pelayo, a quien agradezco, igual que a M. Revuelta Sañudo, Antonio Santoveña y Rosa Fernández Lera su colaboración en este artículo.

de 18 de marzo de 1910, con una sección de Filología, y del que formaron parte Menéndez Pidal y Rafael Altamira.

Para él fueron los institucionistas un grupo ideológico distante a los que no supo o no quiso entender. De ahí su rechazo y el que no admitiera que, a pesar de sus defectos, constituyeron la mentalidad más renovadora y europeísta de la España contemporánea. Era un rechazo instintivo (visceral lo llama Santoveña), no tanto político y religioso como a causa de la mentalidad y fines de los krausistas, en los que veía un peligro. No se hubiera referido tanto a ellos si no considerara la fuerza de aquel grupo al que despreció diciendo que habían perdido el cetro en la universidad y en la alta dirección científica para refugiarse en la enseñanza primaria, cuando en el actual siglo consiguieron precisamente esas metas. El juicio le pareció a Clarín «muy injusto» y se lo manifiesta por carta (E, X, 137). En la Sociedad de Historia Natural, en la Enseñanza Media y en el Magisterio tuvieron los institucionistas, por ejemplo, un gran predominio e influencia.

La uniformidad de ideas y la protección entre ellos, su sentido práctico, el claro objetivo de sus metas y el silencio con el que correspondieron a las polémicas, fueron mayores motivos que el lenguaje, que en algunos de ellos fue correctísimo, para que MP los repudiara y viera como enemigos. De aquí que los considerara una rémora, un grupo cada vez más influyente y, en definitiva, como decimos, peligroso.

El conocimiento que tuvo del krausismo fue deficiente y estuvo predispuesto en su contra desde el principio. Las pocas obras de ellos existentes en su Biblioteca, no siempre representativas, corresponden, en gran parte, a discursos pronunciados en las diferentes Academias y en su mayoría no contienen dedicatorias.

El desacierto de Menéndez Pelayo al enjuiciar el krausismo y a sus representantes constituyó su mayor «error intelectual», o uno de los mayores, pero esta actitud no fue una norma constante en él a la hora de valorar cualquier corriente de pensamiento, sino que fue más bien la excepción en su

forma de proceder, ya que por lo general procuró informarse mejor y, desde luego, no procedió de forma tan agresiva.

La disparidad de pensamiento no era lo peor. Sí lo fue la falta de tolerancia y de reconocimiento al contrario, fenómeno que se dio entre los representantes de las dos Españas distanciados ideológicamente. Quizá tenía razón Menéndez Pelayo cuando se quejaba de que los españoles nos pasábamos la vida tejiendo y destejiendo. Él se dedicó a lo primero. Sin embargo, no acertó ni fue justo en su fobia a los krauso-institucionistas, que estaban haciendo lo mismo. El tiempo, con gran respeto siempre a su obra y a su gigantesca figura, le quitaría la razón y así la *Historia de los heterodoxos españoles* fue, después, considerada por Unamuno un libro sectario, forjador de la llamada leyenda blanca.⁴⁷ Y lo paradójico es que, cuando apareció el libro, el propio autor sería objeto de la incomprensión y del ataque de los grupos integristas y dogmáticos que le acusaron políticamente de *mestizo* y religiosamente de heterodoxo.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA
Sociedad Menéndez Pelayo

⁴⁷ M. de Unamuno, *Visiones y comentarios*, Colec. Austral (Madrid: Espasa-Calpe, 1967) 149-150.

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO

SUMARIO

EDITORIAL.— I. **CRÍTICA LITERARIA:** CONDE PARRADO, Pedro - GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel: *El humanismo en los Dos coloquios del combite de Pedro de Mexía.*— MARTÍN, José Luis: *La Quexa y aviso contra amor como pugna entre géneros narrativos.*— MOLL, Jaime: *Notas sobre dos imprentas sevillanas de comedias sueltas.*— DÍAZ MARTÍNEZ, Eva María: *Notas bibliográficas sobre los manuscritos del Discurso de las privanzas de Francisco de Quevedo.*— MOLINA CASTILLO, Fernando: *Bibliografía razonada y comentada de Esteban de Arteaga y de los estudios sobre su obra.*— MOLINA MARTÍNEZ, José Luis: *Contestaciones de Sebastián de Miñano y Bedoya a cartas de José Musso y Valiente (1829-1835).*— RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja: *Un artículo olvidado de Mariano José de Larra.*— GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador: *De Tetuán a París: Pereda y las guerras coloniales.*— CAMPAL FERNÁNDEZ, José Luis: *La novela femenina española contemporánea: una realidad emergente.*— II. **HISTORIA DEL PENSAMIENTO:** CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo: *W. E. Channing y el krausismo: vías de recepción del unitarismo norteamericano en España.*— III. **CRÍTICA HISTÓRICA:** SUÁREZ CORTINA, Manuel: *Azaña, el republicanismo y la democracia en la Restauración, una experiencia bifronte entre tradición y modernidad.*— IV. **BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO:** AVENOZA, Gemma: *Datos sobre el códice M-54 de la Biblioteca de Menéndez Pelayo de Santander: el Yosifón en romance.*— REY SAYAGUÉS, Andrés del - FERNÁNDEZ LERA, Rosa: *Epistolario de Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.*— AGENJO BULLÓN, Xavier: *La digitalización de la Biblioteca de Menéndez Pelayo: 1ª fase. Menéndez Pelayo y el "Proyecto Polígrafos".*— V. **DE CANTABRIA:** SOLÓRZANO TELECHEA, Jesús Ángel - GONZÁLEZ DE LAS HERRANES WEH, José María: *El estudio y edición de documentación histórica de Cantabria relativa a los periodos medieval y moderno. De Gervasio Eguaras al proyecto científico DOHISCAN de la Fundación Marcelino Botín (1860-1999).*— VI. **NOTAS Y COMENTARIOS:** AGENJO BULLÓN, Xavier: *Nueva época de la Biblioteca de Autores Españoles (1999).*— AGENJO BULLÓN, Xavier - CUEVAS BLANCO, Carmen: *Sobre la edición del V tomo del Gallardo: confusiones, malentendidos y perspectivas de futuro.*— VII. **NECROLÓGICAS:** BOLADO, Gerardo: *Necrológica de Alain Guy.*— VIII. **DISCURSOS:** BELTRÁN DE HEREDIA, Pablo y SIERRA, Rafael de la.— IX. **BIBLIOGRAFÍA.**— X. **CRÓNICA.**— **ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO.**

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO

REVISTA ANUAL

Director: Xavier Agenjo Bullón, Secretario General de la Sociedad Menéndez Pelayo. Subdirectores: Rosa Fernández Lera y Andrés del Rey Sayagués, Ayudantes de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.— Editor: Sociedad Menéndez Pelayo. Redacción y Administración: Biblioteca de Menéndez Pelayo, C/ Rubio, 6. 39007 Santander.— Tfno.: 942 234 534.— Página web: <http://www.unican.es/bibmp/bmp.htm>. E-mail: info@bibmp.com

CONSEJO EDITORIAL: José M. Bleuca (Univ. de Barcelona), Dietrich Briesemeister (Univ. de Mainz), Demetrio Estébanez Calderón, Salvador García Castañeda (Univ. de Ohio), Víctor García de la Concha (Univ. de Salamanca), José M. González Herrán (Univ. de Santiago de Compostela), Ciriaco Morrón Arroyo (Univ. de Cornell), Francisco Rico (Univ. Aut. de Barcelona), Germán Vega García-Luengos (Univ. de Valladolid).

SUSCRIPCIÓN PARA 1999 y 2000 (Gastos e I.V.A. incluidos)

	España	Europa
Socios	3.500 ptas.	\$ 38.00
Instituciones	4.500 ptas.	\$ 42.80
Número suelto o atrasado	5.200 ptas.	\$ 47.00

Iguales precios en microficha.

Colección completa en microficha (agotada en original): 78 volúmenes en 106 microfichas: 64.000 ptas.: \$ USA 563.80.

Edición digital en cederrón (1919-1995) 35.000 ptas.

Distribuido por Digibis. <http://www.digibis.com>. E-mail: distribucion@digibis.com

© Sociedad Menéndez Pelayo



Depósito Legal: SA. 173-1972

ISSN 006-1646

Gráficas Calima

Santander

Este Boletín se publica gracias a la ayuda económica de la Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander



ISO 9706.1994

este interesante libro, se llama la atención, en cambio, sobre el predominio en amplios medios de la sociedad española, hasta fechas muy avanzadas del siglo veinte, de un tradicionalismo fuertemente antiliberal y arcaizante.

FIDEL GÓMEZ OCHOA

Soldevilla Oria, Consuelo. *La Cantabria del exilio : una emigración olvidada (1936-1975)*. Santander : Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria, 1998. 275 p. ; con il.

A raíz de la autorización concedida para la consulta de documentación referente a la guerra civil, han comenzado a publicarse, en diferentes regiones del país, trabajos sobre los republicanos españoles y el exilio. En el caso concreto de Cantabria, éste es el primer estudio que aborda la emigración producida por la guerra civil española.

La autora de este ensayo, la Dra. Consuelo Soldevilla, es especialista en la emigración, tema sobre el que ya tiene publicados dos libros desde el punto de vista económico y social referidos a la corriente migratoria dirigida principalmente hacia Cuba, Méjico y Argentina (*Cantabria y América*, 1992) y *La emigración de Cantabria a América: hombres, mercaderías y capitales*, 1997.

El libro, que ahora recensionamos, consta de cuatro capítulos con diferentes epígrafes que comprenden desde la caída y la evacuación de Santander y la etapa posterior en campos de concentración o de trabajo hasta el definitivo asentamiento de los emigrados en Francia y en diferentes repúblicas americanas.

El libro, especialmente documentado, incluye la peripecia vital, bien trágica por cierto, de esta población en la que figuraban también mujeres y niños, conjunto que la autora calcula en unas veinte mil personas. Del primitivo contingente, algunos regresaron a España, en tantos que otros al no poder emigrar sufrieron los rigores de la guerra y de la persecución nazi que llevó a algunos a los campos de concentración de Mauthausen y otros igualmente siniestros, donde murieron la mayoría de los cuarenta montañeses que fueron internados. Otros lucharon con el ejército francés de liberación y los más afortunados pudieron salir hacia América reclamados por familiares o incluidos dentro de los grupos embarcados en los vapores "Alsina", "Serpa Pinto" y "Quanza". El lugar principal de destino fue Méjico y, en menos cuantía, Cuba, Argentina, Colombia, Venezuela y la República Dominicana, lugar éste último que

resultó, como dice la autora, un cruel desengaño, que obligó a los residentes a trasladarse a los países vecinos. Otro de los lugares de difícil asentamiento fue el Norte de África, de donde la mayoría lograron salir, gracias al Jare, rumbo a Méjico a bordo del "Quanza".

Consuelo Soldevilla calcula la participación cántabra en el exilio general de guerra en un 2,90% de la evacuación general desde España, de los que se asentaron en Francia el 3,81 y consiguieron llegar a América un 5 a 6%.

Para la elaboración del libro, la profesora Soldevilla ha consultado, entre otros, el Archivo de Guerra de Salamanca, el Histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores, así como diferentes consulados de España en ciudades de América. La documentación se ha completado con los fondos de instituciones y de particulares, empleando incluso las fuentes orales para recoger los testimonios de algunas personas que se prestaron a hacer declaraciones.

Después de unas conclusiones, cierran el libro unos apéndices documentales, cuadros y mapas que informan al lector acerca de la aventura migratoria de los republicanos de la entonces provincia de Santander, para terminar con una bibliografía consultada y referente al tema.

Algunos de los protagonistas del exilio que salieron a través de Asturias o que fueron reclamados en otras provincias no aparecen en la relación onomástica de la emigración cántabra, aunque desempeñaron aquí su cometido o vivieron durante la etapa republicana, ausencia que se debe a no figurar sus nombres en la documentación santanderina.

Se trata, en definitiva, de un buen estudio, de fácil lectura, con un contenido que nos hace meditar sobre el sufrimiento de esta emigración republicana, olvidada, que no sobrevivió mejor que los que permanecieron en España y fueron, en el mejor de los casos, encarcelados o víctimas de la represión franquista.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española
/ A. Alonso González (ed.). Madrid : Arco Libros, 1996. 2 v., 1717 p.

En estos dos volúmenes se recogen un total de ciento veinticinco ponencias presetadas al *III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, que tuvo lugar en Salamanca durante los días 22 al 27 de noviembre de 1993. Dada la amplitud de la obra reseñada y la diversidad de trabajos y enfoques no se podrá hacer referencia a cada

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO

SUMARIO

Nota del director.

Sección monográfica dedicada a José María de Pereda.

GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. *Presentación.* - MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Discurso en la inauguración del monumento a Don José María de Pereda en Santander.* - BONET, Laureano. *F. Bret Harte y J. M. de Pereda en cotojo: un experimento crítico.* - CLARKE, Anthony H. *El tiempo marca el tiempo; Pereda, Manzoni y la novela meteorológica.* - DORCA, Toni. *Pedro Sánchez, entre episodio nacional y episodio personal.* - ESTÉBANEZ CALDERÓN, Demetrio. *La Revolución de 1868 como referencia y contexto de la ficción literaria en la obra de Pereda.* - GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. *Regionalismo y resquemores: Pereda y la Fiesta Montañesa.* - GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. *Las necrológicas de Pereda en 1906.* - LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel. *La ecofilia del Sordo de Provedado, personaje menor de Peñas arriba.* - MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. *El padre Apolinar y Nazarin: dos modelos de religiosidad en la novela decimonónica española.* - MIRALLES, Enrique. *Simpatías y antipatías literarias de Pereda.* - PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco. *El costumbrismo como motivo de desprecio. (A propósito de Pereda).* - RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja. *Menéndez Pelayo y la creación del mito de Pereda, el genio natural.* - RUBIO CREMADES, Enrique. *Las Obras Completas de Pereda. Una edición modelica.*

Sección monográfica dedicada a Marcelino Menéndez Pelayo.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja. *Presentación.* - PEREDA, José María de. *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española.* - ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *El siglo XVIII, según Menéndez Pelayo.* - CALVO, Florencia. *La clasificación de las obras de Lope de Vega por Marcelino Menéndez Pelayo.* - DURÁN LÓPEZ, Fernando. *Ideas que imprimen carácter: narración, retrato y otras maniobras de distracción en la Historia de los Heterodoxos.* - GONZÁLEZ MILLÁN, Xoan. *Menéndez Pelayo y su proyecto historiográfico de una «nacionalidad literaria» española plurilingüe.* - MANRIQUE GÓMEZ, Marta y PÉREZ MAGALLÓN, Jesús. *Menéndez Pelayo y la apropiación conservadora de Calderón como icono de la identidad nacional.* - SPANG, Kurt. *La historia como «arte bella».*

BIBLIOGRAFÍA

EL PADRE APOLINAR Y NAZARÍN, DOS MODELOS DE RELIGIOSIDAD EN LA NOVELA DECIMONÓNICA ESPAÑOLA

De todas las obras de José María de Pereda, con elementos autobiográficos circunscritos a la etapa de su vida en Santander, *Sotileza* es la que recoge los recuerdos de la que llama "raza pejina", recuerdos que dejaba como testimonio a futuras generaciones. En 1843 sus padres decidieron avecindarse en la Cuesta del Hospital llevándole con ellos, junto con tres hijas y una sirvienta. La cercanía a la calle Alta le permitió conocer a fondo a la población de marinos y pescadores. Era el Santander de su niñez, que confiesa tenerlo muy adentro, esculpido en la memoria, de tal forma que era capaz de recordarlo con su perímetro, sus calles e, incluso, con las caras de sus habitantes, población en gran parte formada por artesanos, comerciantes y gente de oficios. Aunque en la novela se alude a diferentes fechas, aquel Santander primitivo carecía de tranvías urbanos, de hoteles en el Sardinero y no era muy diferente del que en 1838 presentó el Teniente de Navío José María Mathé en el plano que hizo de la ciudad. En el Paseo del Alta estaban los fuertes de María Cristina, de Isabel II y el de López Baños, colina por la que descendían en pendiente varios caminos, entre ellos el de la Cuesta de la Atalaya que conducía al centro de la ciudad. Aquí estaba la Plaza Vieja, el pequeño y pretencioso Consistorio con dos pisos y tres escudos en la fachada, el Instituto, la Iglesia de la Compañía, las calles de

San Francisco, La Blanca, Arcillero, Atarazanas y el Muelle hasta donde llegaba el mar; lugares en los que figuraba establecido entonces el exiguo comercio. Igualmente, se hallaban los barrios del Cabildo de Abajo y no muy lejos en el promontorio de Somorrostro estaban el Cuartel de San Felipe y la catedral, cuyo reloj acompañaba las alegrías, faenas e inquietudes de la pequeña ciudad burguesa y comercial.

A la derecha se ve en el plano, el reducto de Molnedo y el barrio de Cañadío¹. A la izquierda aparecen las Alamedas primera y segunda y el tinglado de Becedo. En la loma opuesta de la calle Alta se representa el Cementerio de San Fernando, el hospital de San Rafael, la iglesia de la Consolación y estaban las casas de los pescadores del Cabildo de Arriba.

En el frente de la ciudad se encontraba la zona portuaria con el Muelle Nuevo y el de las Naos, a los que tanto se refiere Pereda en su obra, así como las Dársenas Grande y Chica. La población pescadora utilizaba los muelles de la Rampa Larga, el de Merlón y el del Dueso en la Calle Alta, de los que hablaremos más adelante. Junto a la Pescadería estaba siempre atracado el patache *Joven Antoñito de Ribadeo*, patronado por Venancio Liencres, comerciante rico, armador de *La Montañesa*, al que cita con frecuencia Pereda en la novela. En los escritorios del Muelle estaban las Compañías Consignatarias donde se sacaban los billetes para el pasaje y en los almacenes los sacos de azúcar y cacao aguardaban su reenvío a diferentes puntos de la Península.

El alcantarillado de la ciudad era deficiente y mucho más en las calles secundarias y habitadas por la población mareante. Pereda alude al alcantarillón de la Maruca que vertía los desagües a la bahía por la punta del Muelle. El alumbrado se realizaba por faroles de aceite hasta que en octubre de 1853 se hicieron los primeros ensayos con luz de gas que se impuso definitivamente años después.

La novela *Sotileza* fue iniciada el 18 de junio 1884 y concluida el día 9 de diciembre, aunque el manuscrito está fechado en noviembre de este mismo año. Fue una novela de recuerdos, con abundantes elementos costumbristas e históricos de la ciudad, y en la que su autor se propuso retratar tipos, formas de vida y personajes de un Santander en gran parte ya perdido, si bien la novela no le dejó del todo satisfecho, ni en el aspecto local, porque - como le dijo a Galdós- «no salió lo que yo había visto». Era

¹ González Echegaray, M^a del Carmen: *Del Muelle a Cañadío*, Santander, 1980.

normal que en una novela no pudiera evocar todos los acontecimientos y personas que conoció en su niñez y juventud, protagonistas de una época. Sin embargo, entre los mejores retratos figura el del popular Padre Apolinar, fraile que atrae toda la simpatía de los lectores. De pasada, cita también a don Lorenzo, el cura loco de la calle Alta al que, sin duda, llegó a conocer.

Dos escritores españoles del siglo diecinueve, los dos vinculados por una vieja amistad y trato frecuente, escriben, como diremos, dos novelas realistas con argumentos muy diferentes, pero que tienen en común la aparición en ellas de dos religiosos singulares cuyas características y formas de vida merecen considerarse.

En 1885 se publicaba *Sotileza* y entre sus personajes aparece el Padre Apolinar inspirado en un fraile que está mencionado erróneamente como franciscano exclaustado, en «Arroz y gallo muerto», en *Escenas montañesas* (1864), cuando en realidad perteneció al convento de los dominicos del pueblo de Ajo (Bareyo). Pero es en la citada novela, como hemos apuntado, donde tiene mayor protagonismo dedicado a la enseñanza de los niños y a la atención religiosa de la población pescadora que, en aquellos momentos, habitaba en los barrios de los dos Cabildos de mareantes en la calles Alta, los primeros, y en las del Mar, del Medio y Arrabal de Santander, los segundos; separados a partir de 1754 y rivales entre ellos. En «Crisálidas», primer capítulo de la novela, describe Pereda graciosamente las enseñanzas del Catecismo a Muergo, Surbia, Cole, Guarín y Tolete y sus disparatadas respuestas cuando pregunta al primero cuántos dioses hay y éste le responde que a todo tirar habría ocho o nueve, chiquillería a la que enseñaba a rezar y le daba en premio caramelos y otras golosinas.

El lector se encuentra ya en este mismo capítulo con la descripción que hace el narrador del religioso, donde dice que era «un cura de sotana remendada, zapatillas de cintos negros y gorro de terciopelo raído. Era alto, algo encorvado, con los ojos demasiados tiernos, de lo cual, por horror a la luz, era obra la encorvadura del cuello; y tenía un poco abultada y rubicunda la nariz, gruesos los labios, áspero y moreno el cutis y negra la dentadura» (O.C., 1975, t.II, p. 191).

En esta novela, en la que puso su autor tanta pasión, aparecen tipos curiosos gran parte de ellos bien conocidos en aquel Santander, como «Mingo» y «Chacolí», personajes como el maestro Valentín Pintado y expertos marinos entre los que cita a Pedro Colindres, alias «Bitadura», y

a Fernando Montalvo, profesor de la Escuela de Náutica; y hasta tipos populares del estilo del «Runflas» y el «Cambrios». Tipos, personajes y vivencias que le llegan al autor a través de los recuerdos de su adolescencia al fijar su residencia en la citada Cuesta del Hospital, próxima a los barrios de mareantes de la calle Alta. Nos cuenta el escritor como era el Santander de su niñez y juventud con sus tipos y personajes, «las empresas *raqueriles* de los muchachos del muelle -Anaos» y la celebración de las reuniones de los respectivos cabildos. Los de la calle Alta en la taberna del «tío Sevilla», próxima al fondeadero de El Dueso al que se bajaba por una escalinata o al aire libre en el lugar llamado el Paredón de la calle Alta, en la acera sur de dicho lugar. Los del Cabildo de Abajo celebraban sus sesiones en «La Zanguina», otra taberna marinera instalada en los Arcos de Hacha, luego llamados de Dóriga, establecida por un capitán negrero. Alude asimismo Pereda a las fiestas de San Pedro y a la práctica de la leva de los marineros elegidos para entrar al servicio de la Armada, a la población pescadora de entonces y su forma de vida en unas condiciones inhóspitas e insalubres. Cita igualmente los muelles de la Rampa Larga, y el de madera del Merlón, frecuentados por cada uno de los dos Cabildos, la pesca en la bahía y las diferentes costeras, la galerna del Sábado de Gloria en abril de 1878, al «Pae Apolinar», etc.

Cuenta Pereda en la novela las estrechas casucas que había en la acera del Sur de la calle Alta, algunas con toda clase de subdivisiones desde la bodega a la buhardilla, que albergaban a catorce familias que malvivían en la mayor promiscuidad y con falta de higiene (Ver cap. III). Según el Padrón de 1846, que he consultado, a veces ocupaban un piso hasta diez personas y en una bodega figuran registradas seis. La población del barrio era de pescadores, calafates, veleras (mujeres que hacían y arreglaban las velas de los barcos), sirvientas, etc. Pero añade que no vivían mejor el resto de los vecinos de las casas contiguas, ni la población del Cabildo de Abajo.

La población a la que el fraile asistía era descendiente de la que en el siglo anterior se dedicaba no sólo a salir a la mar, sino también al trabajo en las viñas y en pequeños huertos, abundantes entonces. En Trafalgar murió lo más selecto de aquella gente marinera. Todavía cuando vino Isabel II en julio de 1861 a Santander, le fueron presentados cinco veteranos marineros supervivientes de aquella batalla naval. En 1710,

antes del desastre, los barrios de pescadores eran los más poblados². Las diferentes cofradías tenían un libro registro de matrícula para los profesionales del mar. Con el tiempo se abolió este sistema y se amplió el del reemplazo general para abastecer el servicio de la armada. En 1862 se empleó el procedimiento de sorteo «a fin de educar a la marinería en los buques del Estado para los del comercio e ir atrayendo hacia las costas a las familias de los que fueron aficionándose a las industrias marineras». En 1874 los hombres de mar, voluntarios entre 20 y 25 años de edad, estaban obligados a servir durante tres años en los buques de la Armada, aunque Pereda, en «La leva» dice que el servicio era de cuatro años.

Las disensiones entre los diferentes barrios e, incluso, entre las cofradías fueron frecuentes y, ya desde hacia mucho tiempo, estaban separadas. Los del barrio de Abajo llamaban provocativamente «aza la puerta» a los de la calle Alta, menos numerosos y, según Pereda, uno era «sempiterno rival» del otro. Los llamaban así por estar fuera de la puerta. Ya en 1613 cada puebla celebraba por separado sus mercados de los sábados, alternativamente, por la diferencia de productos y evitar pendencias entre ellos, aparte de la desigualdad numérica de la población entre los barrios callealtos y los de la puebla baja. Igualmente cada uno de ellos tenían diferente dedicación pesquera: los de la calle del Mar y del Medio se ocupaban de la pesca de altura y del besugo y los de la calle Alta de la pesca de la sardina con la traína o traña³.

La vida en estos barrios transcurría en medio de una gran pobreza y eran frecuentes los insultos y las disputas entre las mujeres, tal como popularizó el escritor. Sus diversiones consistían en jugar a las cartas y frecuentar las tabernas marineras citadas. Las festividades religiosas de más devoción eran las de la Virgen del Carmen y del Mar, la fiesta de San Pedro y de San Judas Tadeo con sus respectivas romerías que se extendían a los pueblos próximos de Cueto, Monte y San Román. Pereda nos lo describe así: «Las gentes del barrio, sin acostarse en sus casas, comiendo en la taberna o a la intemperie, y triscando al son del tamboril. La calle atestada de mesas con licores y buñuelos. La iglesia de Consolación, abierta de día y noche; el altar de San Pedro, iluminado, y la gente entrando y saliendo a todas horas». Los dos Cabildos solían participar en

² Madariaga, Benito: *José María de Pereda. Biografía de un novelista*, Santander, Edic. de Librería Estudio, 1991, p. 282. Ver cap. XII.

³ J.L. Casado Soto, en Madariaga, p. 471.

regatas que se realizaban con lanchas y, a veces, con esquifes.

En esos barrios pobres y poco atendidos eran frecuentes las enfermedades contraídas por la humedad, la vida dura en las embarcaciones, la desnutrición y la escasa asistencia médica. Para el socorro y atención de los gastos imprevistos de nacimientos, entierros, operaciones, asistencia médica y farmacéutica, etc. tuvieron que servirse de las Sociedades de Socorros Mutuos, entre las que estaban las tituladas «Nuestra Señora del Carmen», «Nuestra Señora del Milagro», la Sociedad de Mareantes de San Martín de Abajo, «La Virgen del Mar», «San Emeterio y San Celedonio», etc.

El pescado fue el mayor recurso de proteínas y nadie les ganaba en la forma de preparar los platos de los productos maríneros, entre los que figuraban también los moluscos y crustáceos.

Los más desasistidos eran los niños, sobre todo los que no acudían a la escuela y pululaban detrás del Muelle, en el portal del Círculo de Recreo y en las proximidades del café Suizo y de cuyo abandono se hizo eco la prensa en *El despertador montañés* en 1849. Son los mismos que Pereda describe como «los chicos de la calle», con edades comprendidas entre los seis y los doce años. Pero el novelista tiene buen cuidado de no confundir estos muchachos con los «raqueros» y así escribe: «En la mar y en el terreno que le pertenece no hay más cheche que el raquero, con el cual no pueden competir». El raquero tenía su sede en los muelles y en las escolleras y aparte de realizar algunos trabajos, se dedicaban también, como hemos dicho, a la raquería. Con los chicos de la calle había también niñas y, a lo que parece, «Sotileza» fue una de las que jugó y desarrolló su vida en este medio y a la que describe el novelista al principio de «niña vagabunda y medio encanijada». Los mayores en edad entraban ya a trabajar de maríneros o pescadores y compartían con sus padres las faenas familiares de la pesca. De Silda nos dice el novelista que iba a la pesca en la bahía y a la recogida del muergo y la gusana⁴.

Describe Pereda en la novela cómo los pescadores salían a la mar con aquellas sencillas lanchas durante las costeras del besugo, la sardina y la merluza. A lo duro del trabajo y la pobreza de ingresos, se unía el riesgo de los temporales que periódicamente diezaban la población mareante. El cambio súbito del viento Sur al Noroeste originaba las galernas, como ocurrió con la trágicamente famosa del Sábado de Gloria, del 20 de abril

⁴ Madariaga, B., ob. cit., p. 284.

de 1878, que ocasionó la muerte a los que pescaban en los «pláceres» del Miguelillo, del Botín y del Laurel. En Cabo Mayor y en ciertas atalayas había un servicio de vigías que encendía hogueras y hacía ahumadas de día y avisaba a las lanchas con luz en la noche cuando aparecía el viento Sur. La atalaya más antigua fue construida en el Alta por el Real Consulado y desde el finales del XVIII avistaba a los veleros que venían de América.

El Padre Apolinar Gómez fue uno de los personajes de la novela *Sotileza* inspirado en una figura real, fraile bien conocido en Santander, exclaustrado a causa de la Desamortización. Al tener que salir del citado convento de Ajo se adscribió a la parroquia de San Francisco de Santander y cambió el hábito blanco de Santo Domingo por la sotana. Decía misa muy de mañana en la parroquia y en otras iglesias de la ciudad, donde predicaba en las festividades y se dedicaba, como hemos dicho, a atender espiritualmente a la población pescadora, a enseñar la doctrina cristiana y las primeras letras a los niños, viviendo de lo que le daban por decir las misas, que era una peseta con cincuenta céntimos y gracias también a la generosidad de las personas caritativas. Hoy sabemos que se llamaba Apolinar Santos Gómez y Fernández de Gobeo, natural de Vitoria, donde nació el 24 de julio de 1800. Vivió en diferentes lugares de Santander huyendo, a veces, de incomodidades, del ruido y del lenguaje mal hablado de las gentes y se tuvo que trasladar desde la calle Alta, a la Alameda de Becedo donde le cedieron un cabrete para dormir y de aquí pasó a un piso de la calle de Rubio gracias a que una panadera le alquiló una habitación. Finalmente se pasó a vivir a la calle de la Concordia, hoy Cisneros, donde murió y el Ayuntamiento colocó una placa en recuerdo suyo. Es verdad que fue un personaje popular y querido, pero también hay que decir que sufrió mucho a causa de la pobreza, que es siempre mala compañera. Para colmo padeció, a veces, los insultos del anticlericalismo de algunas personas.

Constantino Villa ⁵, que fue monaguillo suyo y más tarde jefe de la Cruz Roja, nos ha transmitido su ajuar compuesto de una cama de tablas con un jergón de hojas de maíz, unas sábanas bastas y una mesa en la que tenía un ladrillo con agujeros, a modo de palmatoria, en el que colocaba

⁵ Simón Cabarga José, *Retablo santanderino*, Santander, Jean, 1964, pp.57-68. Ver también de B. Madariaga, *José María de Pereda. Biografía de un novelista*, Santander, Edic. Librería Estudio, 1991, pp. 272, 278-282.

una vela y un tintero con una pluma de ave. Su vestimenta estaba compuesta de una sotana raída y remendada, debajo de la que llevaba una camisa de las que utilizaban los militares, el pantalón, una camiseta sin puños ni cuello y un calzoncillo de bayeta amarilla. Aún así era más rico que otros, ya que consta que un día vio a un pobre que llevaba el pantalón tan roto y descosido que se le veían las carnes y algo más. Apiadóse el Padre Apolinar, le llamó y en un portal de la calle Cervantes se quitó los pantalones para dárselos. Cuando llegó a su casa con los calzoncillos de bayeta amarilla cubiertos por la sotana, cuentan que la posadera le regañó por aquel traspasso de vestimenta que le pareció un derroche, cuando él lo necesitaba tanto más que nadie. Pereda recoge la escena cambiada en la novela, en el momento en que le da sus pantalones a Muergo, a la vez que le dice: «No son cosa mayor, pero al fin son calzones. Dile a tu madre que te los arregle como pueda, y que los ponga a secar en las Higueras cuando tenga que lavarlos».

Desayunaba una taza de cascarilla y cuando podía lo acompañaba con una copeja de aguardiente. Otras veces lo sustituía por una pastilla de chocolate. Los marineros le invitaban también, en ocasiones, a beber vino y quizá suplió con el alcohol su deficiencia nutricional, ya que Pereda lo da a entender cuando le retrata con nariz rubicunda y abultada. Comía un cocido o un plato de berzas con un poco de tocino y cenaba con la misma cascarilla del desayuno.

Cuenta Pereda que el exclaustro se enjugaba «blandamente los sanguinolentos bordes de sus párpados con un retal de lienzo fino que traía guardado para esos lances». En realidad se limpiaba los ojos con un pañuelo grande de color verde que en su época llamaban de hierbas. La enfermedad de sus ojos, opinaba el oftalmólogo Dr. Gumersindo Íñigo, que pudiera haber sido debida a una blefaroconjuntivitis crónica con complicaciones corneales que le hicieron sospechar se tratara de tracoma. Su dentadura negra nos hace pensar que fue fumador y para más señas tenía encogido el dedo meñique de la mano derecha.

Pereda no se limita a retratarle sino que, como digo, le introduce como personaje en la novela y le trata con el mayor cariño como ejemplo de sacerdote modelo. En el Padre Apolinar, dice Francisco Pérez Gutiérrez ⁶ que se cifraba cuanto Pereda «exigía en su imagen ideal del

⁶ *El problema religioso en la generación de 1868*, Madrid, Taurus, 1975, p. 167.

cura identificado con la vida del pueblo: desprendimiento evangélico, valimiento para los necesitados, tanto si se trataba de calzones como de consejos, fe robusta y sencilla, más cercana a la del carbonero que a la del teólogo..., y hasta la inofensiva debilidad de su vanidad oratoria que permite la sonrisa del lector, como justificaba la del autor mismo». Y es que Pereda no hubiera creado nunca un tipo de religioso que se saliera de su habitual tradicionalismo. Así, al ex fraile de *Sotileza* vemos como «se le encomienda, en los dos Cabildos, el arreglo de todas las cosas que no tienen compostura...», y cuenta además el escritor el encargo que le hicieron al Padre Apolinar, los del Cabildo de Abajo, de pronunciar el sermón en su festividad, el día de los Santos Mártires, en la capilla de Miranda, que tuvo lugar el 26 de agosto de 1849. Nos cuenta, además, el caso de la entrega de su cena a un pescador enfermo o el momento en que busca padres adecuados a la desamparada Silda. En la administración de los sacramentos confiesa a Mechelin y le da el viático y es también el que aconseja a tío Miguel y a tía Sidora. Únicamente en otra de sus novelas, *La puchera*, el novelista se separa del respeto a los personajes religiosos y maltrata física y psicológicamente al ex seminarista Marcones, con pinceladas grotescas de un aguafuerte goyesco ⁷.

Enfermo, desasistido y en manos de la caridad de las mismas patronas de las casas donde vivía, murió Apolinar Gómez un día en que se sintió grave, a los setenta y un años, siendo auxiliado a última hora por el Dr. Pedro Portilla («Portilluca»), médico de Santander, que no pudo hacer nada. El Padre Salmón le aplicó los últimos sacramentos, mientras el sacristán le leía las recomendaciones del alma que, a buen seguro, no necesitaba. El sacristán y el monaguillo le amortajaron y cuenta Constantino Villa ⁸ que al revisar el pantalón encontraron en el bolsillo todos sus ahorros que consistían en un ochavo moruno. La noticia de su muerte trascendió por la ciudad y causó pesar en todas las clases sociales que conocían bien al pobre fraile que llevaba la sotana remendada sin que tuviera dinero para comprarse una nueva. La familia Eguía sufragó el entierro al que asistió un numerosísimo público. Y como nunca falta la

⁷ Laureano Bonet, «La caricatura como deshumanización del personaje novelesco (José María de Pereda, *La puchera*, cap. V)» en *El comentario de textos. La novela realista*, III, Madrid, Edit. Castalia, 1979.

⁸ «Cuartillas escritas a máquina sobre la vida del Padre Apolinar», Santander, diciembre 1942.

paradoja, ni siquiera a la hora de la muerte, la caridad se mostró en el entierro que generosamente le hicieron siendo conducido el cadáver el 3 de mayo de 1871 al cementerio de San Fernando. Sus restos fueron transportado por la empresa de Galo Gautier en un carroza fúnebre de primera, tirada por el número de mulas que se asignaban a los entierros preferentes de esta clase.

La aparición de *Sotileza* en febrero de 1885 tuvo un éxito extraordinario y la novela pasó de mano en mano entre los miembros de las familias que discutían entre ellos por leerla primero. Con este motivo, Menéndez Pelayo le escribe entonces estas palabras entusiastas: «Sotileza no es sólo la mejor novela y la mejor obra de Vd., sin excepción ni reparo alguno, sino que carece de todo precedente en la literatura castellana y en aquella parte de la extranjera que yo conozco. Nunca han sido pintadas las costumbres marítimas con tan intenso vigor, con tan poderoso arranque, con tal virginidad de sentimiento y con tal frescura de impresión»⁹.

La publicación de la obra le valió a su autor un éxito resonante y multitud de demostraciones de cariño de sus vecinos. Pereda representa para los cántabros lo que Blasco Ibáñez para los valencianos y Palacio Valdés para los asturianos. Son magníficas las descripciones de la vida de los mareantes y de los barrios de pescadores de Santander, sus entretenimientos y rencillas y hasta su forma de hablar y el empleo de un vocabulario local que obligó a insertar algunas voces técnicas al final de la novela. Pero es, sobre todo, por la autenticidad en la recreación imaginativa por lo que la novela adquiere, además, un componente histórico de época al describir el ambiente, la vestimenta y hasta la mugre y los olores de aquellos barrios en los que vivieron los pescadores de la novela. El costumbrismo está insertado en algunos capítulos en los que describe la pesca, el marisqueo en la bahía, la vida de los Cabildos, los marinos de entonces o la historia del patache el *Joven Antoñito de Ribadeo*, que casi siempre cargaba carbón y con el que terminó la galerna que se describe en la novela.

En 1888, Pérez Galdós publicó un artículo en *La prensa* de Buenos Aires sobre la obra y personalidad de Pereda. Es aquí donde se refiere a la novela *Sotileza* a la que llama «poema de la gente del mar» y de la que dice

⁹ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, p. 90. Citado por Benito Madariaga en *José María de Pereda*, ob. cit., p. 297.

que «hay en toda la obra un picor salobre, un ambiente de mar tan vivo que parece que las hojas del libro se vuelven a impulso de la brisa que corre desde la primera a la última página, brisa que les da frescura, aroma de sal y alegría».

A los pocos meses de la muerte del Padre Apolinar, vino Pérez Galdós a Santander por primera vez en el verano de 1871. Tuvo entonces y después muchas ocasiones de que le contaran al escritor canario la vida y obra de tan curioso personaje que después sería popularizado en *Sotileza*. Lo que no se ha dicho es la influencia de este fraile en la inspiración de otro personaje, en este caso de ficción, que protagoniza la novela *Nazarín* terminada de escribir en su finca de «San Quintín» de Santander, en mayo de 1895; es decir, diez años después de publicarse *Sotileza*. Ahora bien, aunque las diferencias entre ambos clérigos son notables, debido a que corresponden a dos novelas con argumentos y retratos muy diferentes, uno de inspiración real, y el otro de pura creación, existen también, como vamos a ver, curiosas coincidencias entre los dos personajes. Si del de Pereda dijo Menéndez Pelayo que era «el tipo de fraile más asombroso que yo he visto en novelas», de Nazarín no dijo nada en concreto en la contestación que le hizo a Galdós en su entrada en la Real Academia Española, como si fuera un tema que prefiriera no tocar. Sin embargo, la relación de estudios sobre esta segunda novela es actualmente abundantísima ¹⁰.

De Nazario ¹¹ Zaharín, sacerdote manchego de aspecto semítico, dice el narrador que para unos era un santo y para otros un simple. El retrato se aproxima mucho al del Padre Apolinar, del que se dijo lo mismo, pero también coincide en que le encargan misas en diferentes parroquias, predica aunque raramente, y le ofrecen vino, aunque Nazarín lo rechaza igual que el tabaco. Y, sobre todo, la pobreza es esencial en ambos. El Padre Apolinar tuvo de escenario en la novela la ciudad de Santander y los barrios pobres de mareantes en los que fue un vecino más

¹⁰ Ver la bibliografía de Peter Bly, *Nazarín*, de Pérez Galdós, Valencia, Graf. Soler, Grant & Cutler, 1991, pp.108-113, y la de Yolanda Arencibia en *Nazarín-Halma*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp.73-76. Para los estudios sobre Nazarín, ver *Bibliografía de estudios sobre Galdós*, de Jeónimo Herrera Navarro, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998, pp. 395-399.

¹¹ San Nazario fue seglar y murió por la fe en siglo I. Su festividad religiosa se celebra el 12 de junio.

que no pasó desapercibido. En cambio, Nazarín se desenvuelve en un entorno de campo, pueblos (Móstoles, Sevilla la Nueva, Villamantilla, Méntrida, etc. y de ciudad, incluido Madrid), y su biografía es noticia para los periodistas. El primero está circunscrito, como decimos, al territorio de Santander y a la población pescadora, en tanto que el segundo es un personaje itinerante, ajeno al mar. El clérigo de *Sotileza* soportó la pobreza y el anticlericalismo y Nazarín la miseria, a veces repugnante, y la incompreensión de los que le tratan. En la novela le aplican nombres dispares a causa de una difícil tipificación personal: santo, bendito, místico, loco, pordiosero, mendigo, clérigo árabe, ermitaño andante, etc.

El narrador le describe «de mediana edad, o más bien joven prematuramente envejecido, rostro enjuto, tirando a escuálido, nariz aguilena, ojos negros, trigüeño color, la barba rapada, el tipo semítico más perfecto», que va vestido con su sotana. Quizá el hecho de que el P. Apolinar llevara curiosamente en el bolsillo un ochavo moruno el día de su muerte, le sugirió a Galdós la idea de retratar a Nazarín con aspecto moruno. Incluso los diálogos y el empleo del lenguaje popular aproxima a las dos novelas ¹². El personaje de la tía Chanfaina y el comienzo de la novela recuerdan mucho las descripciones de Pereda.

También se describe el pobre ajuar de Nazarín con jergón y una flácida almohada, sin sábanas ni colchas. Pero el caso de cura semítico es sorprendente por su vida trashumante, irreal y arriesgada, más propia de un iluminado que de un ministro del Señor. Vida considerada de pobreza errante y de ascetismo. Se llegó a decir que había en él una influencia, en ese comportamiento, de los personajes un tanto anormales dentro del espiritualismo de la novelística rusa, ya que es un religioso que recorre los caminos ofreciendo consuelo y socorriendo a las gentes a cambio de nada y al que incluso llaman para que haga curaciones sorprendentes. Nazarín es andariego como don Quijote (en las pruebas de imprenta del libro, el autor quiso llamarle con el nombre cervantino de Nazario Quijada) ¹³, sufre también penalidades y padece en cierto modo una Pasión con lo que se consuma el viacrucis de su vida, al ser detenido y custodiado por la Guardia civil, estar acompañado de dos ladrones y de dos mujeres, una de

¹² *Nazarín*, 6ª edic., Madrid, Ed. Hernando, 1974, pp.17-18.

¹³ Ver de Yolanda Arencibia la edición de *Nazarín* de la Biblioteca Galdosiana, Las Palmas de Gran Canaria, 1995, nota 242 de la p. 35.

ellas Ándara con nombre procedente de un topónimo lebaniego. Para Galdós, no sin ironía, el mal ladrón es el que va a la derecha. Pero es fácil encontrar en el prendimiento e interrogatorio un remedo de la citada Pasión de Jesucristo y su paso por el Huerto de los olivos y hasta la cárcel la ve como una anchurosa cueva, como si fuera un sepulcro. Nazarín busca su aislamiento de la sociedad en que vive y no le importa que su conducta cause escándalo en algunos, lo contrario que el Padre Apolinar. En tanto que éste es una realidad cristiana, Nazarín es un símbolo. Busca parecerse a Jesucristo. Sin pretenderlo y sin motivo es prendido, abofeteado, insultado y metido en prisión. Y hasta le acusan de vagancia y pillería. Ahora bien, ¿qué fin buscaba el autor con esta novela? ¿Pretendía reconstruir una parodia o imitación de la vida de Jesucristo como si viviera en su tiempo para ver cual sería la reacción de las gentes? ¿Gustó este tipo de religioso a sus contemporáneos? Desde luego, a todos no, al verlo irreal y distante en la época del siglo XIX, tiempos- como se dice en la novela- del ferrocarril, «del vapor, del teléfono eléctrico y de la imprenta». Cuando detienen a Nazarín, el alcalde del pueblo da por supuesto que si Jesucristo viviera en el siglo presente aceptaría los adelantos del momento, argumentación que niega el clérigo. Cuando apareció la novela los críticos de entonces y los actuales han buscado los posibles orígenes del personaje, a modo de un Cristo trasladado al siglo XIX, en que se desarrolla la acción. Al principio se pensó en la inspiración a través de Tolstoi, autor muy leído por Galdós. Clarín se fijó en la concomitancia con ciertos rasgos de la vida de San Ignacio de Loyola. Para otros, la fuente estuvo en la *Nueva vida de Jesús* de Strauss, libro que leyó en francés que se conservaba en la biblioteca del novelista canario. Walter T. Pattison creyó encontrar como modelo de Nazarín a mosen Jacinto Verdaguer. Finalmente, Romero Tobar apunta la posible influencia del artículo «Jesucristo en Fornos» de Julio Burell publicado en *El Heraldo de Madrid* en 1894 ¹⁴.

Nazarín nos recuerda a aquel franciscano de Ocaña, que cita Menéndez Pelayo en *Los heterodoxos*, que se juntó con diversas mujeres y que como otros frailes vagabundos dados al trato con mujeres y a la mendicidad fue acusado de «alumbrado» o «iluminado». En la novela Nazarín es un «ermitaño andante» que va descalzo y practica, como se ha

¹⁴ *Nazarín-Halma*, ob. cit., p. 29.

dicho, la pobreza, la caridad, la resignación y la mansedumbre. También se alude en la novela a su pasividad, típica del budismo y, por ejemplo, Pedro de Belmonte le habla a Nazarín del Oriente como lugar preferente donde existe la vida espiritual (Tercera parte, cap. 7). ¿Quiso Galdós reunir en el comportamiento espiritual del personaje elementos de las tres religiones: cristiana, mahometana y budista? Sin embargo, pese a la ortodoxia que le hace mantenerse dentro de las enseñanzas de la Iglesia católica y seguir con sus misas y rezos, las gentes le tienen por un loco. En el último capítulo del final de la novela se describen sus alucinaciones visuales y auditivas que le aproximan a los místicos o a un enfermo cuando cree escuchar que le habla Jesucristo y le reconforta durante este estado, en que no sabe si está vivo o muerto. Después cuando cree recobrado el conocimiento, en un estado de ardiente anhelo de ponerse en comunicación con la Suprema Verdad, en que supone que está celebrando misa, escucha la voz de Jesús que le dice que está vivo y que esa misa es una figuración insana de su mente ¹⁵.

En *Halma*, la segunda parte escrita en Santander en octubre de 1895, es donde el autor aclara por boca del sacerdote Manuel de Flores la dependencia de Nazarín del misticismo español cuando éste dice: «Pero al demonio se le ocurre ir a buscar la filiación de las ideas de este hombre nada menos que a Rusia. Han dicho ustedes que es un místico. Pues bien: ¿a qué traer de tan lejos lo que es nativo de casa, lo que aquí tenemos en terruño y en el aire y en el habla? ¿Pues qué, señores, la abnegación, el amor de la pobreza, el desprecio de los bienes materiales, la paciencia, el sacrificio, el anhelo de no ser nada, frutos naturales de esta tierra, como lo demuestran la historia y la literatura que debéis conocer, han de ser traídos de países extranjeros?» ¹⁶. Quiere ello decir que, ante las críticas que señalaban en la novela la influencia rusa, Galdós en esta segunda quiso dejar claro que su inspiración era netamente española.

Los diálogos de la novela recuerdan los de *Doña Perfecta*, donde no se eluden los problemas religiosos y así Ándara le dice a Nazarín que ella no creía en el Infierno (p. 64 de la Segunda parte), tema sobre el que muchos años antes Galdós había publicado un artículo en *Recuerdos de*

¹⁵ Ver *Nazarín* y *Halma*, *Ibidem*, pp. 315-316. Ver también el cap. 7 de *Nazarín*, 6ª edic, 1974, p. 256, donde el alcalde le dice al clérigo que practica el misticismo. En *Marianela* se produce un caso análogo cuando la protagonista cree ver a la Virgen.

¹⁶ *Halma*, parte III, cap. 2.

*Madrid*¹⁷. Del mismo modo, una de sus acompañantes le hace muchas preguntas al pobre Nazarín sobre la muerte y el lugar donde se localiza el alma y cómo tampoco entendía que con unos responsos y unas monedas salieran las almas del Purgatorio (Segunda parte, cap. 3, pp.73-75). Nazarín opinaba que no bastaba con predicar la doctrina de Cristo, sino «darle existencia en la práctica e imitar su vida» (Tercera parte, cap. 8). Las alusiones al quietismo y su pasividad y mansedumbre me hacen pensar que Galdós admiraba al teólogo español del siglo XVII, Miguel de Molinos, condenado por la Inquisición precisamente por esto. En el capítulo octavo de la Tercera parte surgen de nuevo las preguntas sobre los problemas religiosos y sociales y así se habla de la desigualdad existente en la Humanidad entre las diferentes personas y cómo el número de pobres y hambrientos era cada vez mayor. Nazarín dialoga sobre el adelanto material y la disminución del trabajo y la abundancia de manos desocupadas, unas por falta de empleo y otras de la clase alta por vivir de las rentas sin tener que trabajar. Incluso formula un fuerte ataque a la política y a los políticos, unido a críticas sobre la mala situación del mundo, que nos recuerda los momentos de la Restauración en que se desarrolla la novela, si bien, como buen cristiano, el clérigo mendicante confía «en los efectos del principio cristiano, así en el orden espiritual como en el material».

Ya avanzado el siglo diecinueve, Galdós se siente positivista y a ello aludió Menéndez Pelayo en la contestación que le hizo en la Academia de la Lengua cuando se refirió a su conciencia religiosa y a las «ráfagas de cristianismo positivo» que le llevaron a escribir las novelas de la espiritualidad (*Ángel Guerra, Nazarín, Halma y Misericordia*). Es entonces cuando Galdós lee los libros de religión y de positivismo de los hermanos Jorge y Juan Enrique Lagarrigue, aunque seguramente no conoció en español la obra de Augusto Comte. Nazarín en un momento se muestra partidario de «no creer más que en la ciencia y en Dios por encima de la ciencia y de todas las cosas». El alcalde le exhorta a comprender la necesidad de los adelantos del siglo y le dice: «El fin del hombre es vivir. No se vive sin comer. No se come sin trabajar. Y en este siglo ilustrado, ¿a

¹⁷ «El diablo y los neocatólicos», «Recuerdos de Madrid» en Benito Pérez Galdós, *Recuerdos y Memorias*, prólogo de Federico Carlos Sainz de Robles, Madrid, Tebas, 1975, pp.76-78.

qué tiene que mirar el hombre? A la industria, la agricultura, la administración, al comercio. He aquí el problema» (4ª parte, cap.7). Pero Nazarín le responde que hablan un lenguaje diferente, ya que él «no tiene que cavilar por las materialidades de la existencia», «no deseando nada terrenal» confiado en la pobreza (2ª parte, cap.5). Nazarín pasa de la ascética a la mística, mediante la renuncia a las cosas de este mundo.

Galdós fue un hombre religioso, aunque disidente con la Iglesia de su tiempo. En mayo de 1885 en un artículo en *La prensa* de Buenos Aires se había referido al sentimiento religioso en España y aludía al descreimiento que en que se vivía entonces. En otro, en 1890, con motivo del primero de mayo, escribió que el espiritualismo era lo que más se acercaba a la solución del problema obrero «proclamando el desprecio de las riquezas, la resignación cristiana y el consuelo de la desigualdad externa por la igualdad interna, o sea la nivelación augusta de los destinos humanos en el santuario de la conciencia». En la novela vemos una gran parte de sus opiniones y críticas a una religión de las gentes, ajena muchas veces a la caridad y a una aproximación a las tesis evangélicas. Ya en la primera parte de su novela *Gloria*, Daniel Morton se quejaba de lo amortiguado de los sentimientos religiosos en España y a la rutinaria práctica del culto cristiano (cap. XXIII).

A partir del estreno de *Electra*, que motivó un movimiento anticlerical en España, en el que no tuvo ninguna intervención el escritor, la Iglesia española se posicionó contra el novelista, postura a la que respondió Galdós de una forma personal, que luego va a mantener durante las manifestaciones y sus discursos políticos a partir de 1906, en que se hace republicano. En 1910 figuró en la primera línea de la manifestación anticlerical de Madrid. En la novela *El caballero encantado* (1909) y en el Episodio *Amadeo I* (1910), así como en las cartas a su compañera Teodosia Gandarias y en sus discursos es patente su anticlericalismo y disconformidad con la Iglesia española de entonces. Es uno de los muchos autores de los que podemos decir que el Concilio Vaticano II no le llegó a tiempo. Menéndez Pelayo en 1897, en el citado Discurso de contestación a Galdós, en su entrada en la Academia, diría que «no intervendría tanto la religión en sus novelas, si él no sintiese la aspiración religiosa de un modo más o menos definido y concreto, pero indudable». Quizá la tipificación más acertada que hizo de sí mismo, al compararse con Pereda, fue cuando escribió en sus *Memorias* que algunos creían que ambos vivían en continua rivalidad por cuestiones políticas y

religiosas, lo que a su juicio no era cierto. A lo que añade: «En verdad, ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros». Ya en la contestación a Pereda en el Discurso de entrada en la Real Academia Española señaló las críticas que realizaba el polanquino a sus obras sin que por ello se enfriara su aprecio. Se refería a las amonestaciones que le hacía por carta a raíz de publicar *Gloria*, novela en la que refiere los amores de un judío y una católica con el consiguiente conflicto. Pereda le llega a decir que estaba cayendo en la novela volteriana. Todavía fue más duro Menéndez Pelayo que le incluyó en su libro de los *Heterodoxos* con estas palabras: «Hoy en la novela el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable del catolicismo, no es ya un miliciano nacional, sino un narrador de altas dotes aunque las oscurezca el empeño de dar fin trascendental a sus obras». Y añade: «En Pérez Galdós vale mucho más sin duda el novelista descriptivo de los *Episodios Nacionales*, el cantor del heroísmo de Zaragoza y de Gerona, que el infeliz teólogo de *Gloria* o de *La familia de León Roch*». Digamos que este juicio severo contra estos libros fue noblemente corregido en 1897 por el sabio santanderino cuando le contestó a Galdós en la Academia rectificándose de la siguiente manera: «Yo mismo, en los hervores de mi juventud, los atacué con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el señor Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno ni para el otro, aquella página mía. Con decir que no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa, creo haber dado suficiente satisfacción al argumento»¹⁸.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA
SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO

¹⁸ *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, Introducción de Benito Madariaga, Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Santander, 2003.